

PARA VIVIR JUNTO A JESÚS

De Simón Sagastibelza

Preámbulo	2
1. Pastores: Sencillez.	4
2. Los magos: Perseverancia.	9
3. S. José: Obediencia.	13
4. S. Juan Bautista: Respetos humanos.	20
5. El apóstol Felipe: Apostolado.	25
6. S. Mateo: Pobreza.	30
7. Nicodemo: Filiación divina.	36
8. Leproso: Confesión.	42
9. Centurión: Humildad.	47
10. Chaval en la multiplicación: Generosidad con Jesús.	53
11. S. Pedro: Amor al Papa.	59
12. El joven rico: Vocación.	64
13. El ciego Bartimeo: Sinceridad.	69
14. La oración de Jesús.	74
15. Simón de Cirene: Amor a la cruz.	79
16. La Verónica: Pureza.	85
17. S. Juan Evangelista: Fortaleza.	90
18. La Santísima Virgen: Nuestra Madre.	95
19. Cleofás: Eucaristía.	101
20. Santo Tomás: Confianza en Jesús.	106

PREÁMBULO

Te presento este libro con la esperanza de que te sirva para mejorar tu vida de oración: ese momento de coloquio personal e íntimo con Jesús, que nos conduce a sentirnos queridos y comprendidos por Él, y a mejorar nuestra vida cristiana.

Dice un autor espiritual: "Todos los días, mientras leemos el Evangelio, pasa Jesús junto a nosotros. No dejemos de verlo y de oírlo, como aquellos discípulos que se encontraron con Él en el camino de Emaús"¹. Se recogen una serie de relatos del libro más leído y meditado de la historia, donde tú y yo seremos también protagonistas. En cada capítulo buscaremos un personaje que tuvo la dicha de conocer al Maestro en distintos momentos de Su vida, desde Belén hasta el Calvario, y de ese encuentro nosotros sacaremos conclusiones para nuestra propia vida.

Para vivir junto a Jesús está escrito en primera persona con la finalidad de facilitarte ese diálogo cara a cara, tú y Él, sin intermediarios. Los relatos pudieron no realizarse de la manera en que te los presento, igual que algunas de las palabras que pongo en la boca de Cristo seguramente no las dijo Jesús de la misma manera que aquí se recogen, pero creo que el Señor estará contento con este atrevimiento pues nos servirá para conocerle un poco mejor y así enamorarnos más de Él.

Los capítulos los he dividido en cuatro partes. La primera es una breve introducción de la escena que nos facilitará ponernos en situación. Después viene el relato del encuentro, *no te contentes con leerlo únicamente, métete en la escena, imagínate que tú estás ahí, y que el Señor te quiere hablar a ti*. Nosotros debemos

¹ FERNÁNDEZ CARVAJAL, F., *Hablar con Dios*, tomo IV, p 695.

aprender de Jesús y de las personas que convivieron con Él. Por eso en cada escena te he propuesto una virtud en la que todos podemos mejorar. Se podrían sacar muchos aspectos de cada una de ellas -si quieres puedes hacerlo-, sólo pretendo ayudarte a sacar algunos propósitos que a mucha gente le ha venido muy bien en su intento de agradar a Jesús.

Por último, al final de cada capítulo he transcrito algunos puntos de la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, recogidos en sus libros². Son textos que millares de personas han utilizado para su oración personal. Te recomiendo que los leas y los medites. El Señor se sirve muchas veces de textos de amigos suyos para decirnos algo a nosotros. Por eso decía S. Agustín: "Tu oración es como una conversación con Dios. Cuando lees, Dios te habla a ti; cuando oras, tú le hablas a Él"³.

² Las citas del BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER están recogidas en los libros *Camino, Surco, Forja y Via Crucis*.

³ S. AGUSTÍN, *Comentario sobre los Salmos*, 85, 7.

1. PASTORES DE BELÉN: SENCILLEZ EN LA VIDA INTERIOR

Hoy vamos a acompañar a los pastores en su visita a la gruta de Belén, donde acaba de nacer Jesús. Allí encontraremos junto al Niño a su Madre, a S. José, al buey y a la mula. (Cfr. Lc 2,8-18)

-Ayer por la mañana me despertó mi papá con una noticia un tanto curiosa; nos contó que por la noche, cuando estaba cuidando el rebaño de ovejas junto a Isaac y Rubén, se les aparecieron unos personajes fascinantes que cantando les dijeron que a pocos metros de donde estaban, acababa de nacer el Mesías Redentor. Les indicaron que subiesen a la gruta de Eleazar, y que allí encontrarían a un matrimonio joven con su bebé.

Según nos comentó papá fueron al lugar indicado, y lo encontraron tal y como se lo habían anunciado los mensajeros del Mesías. Le llamó la atención la sencillez y naturalidad de María y José, que así se llaman los esposos; todo parecía normal salvo que en lugar de oler mal, a establo, en esa cueva de animales se respiraba una ambiente un tanto singular.

Me ha pedido mi padre que si podía ir esta mañana para llevarles algo de comer: queso, miel y leche. ¿Te vienes?

Vamos tú y yo acompañando a Benjamín, que es el hijo de Judá, uno de los pastores de Belén. Hemos cogido de nuestras casas algún presente para el Niño Jesús, aunque lo que más le va a gustar son los afectos de nuestro corazón, y los propósitos para no volver a ser egoístas, soberbios y mentirosos. Subimos por los caminos nevados que van desde Belén hasta la gruta; hace un día espléndido, y el

sol empieza a derretir la nieve. Ya vemos a lo lejos la gruta, al lado de la entrada se observa un penacho de humo que sube hasta el cielo, alguien habrá encendido una fogata para calentarse.

Conforme nos vamos acercando nuestro corazón palpita cada vez más deprisa; estamos a punto de contemplar a un Niño que es Dios, el Enmanuel: Dios con nosotros. ¡Qué alegría y cuántas gracias damos a Jesús por haberse hecho hombre, y darnos la oportunidad de decirle que le queremos!

-¡Mirad: ahí está el Niño! Duerme en los brazos tiernos de su Madre, que, por cierto, es joven y guapísima; es todo tan simple que resulta asombroso. Señora, aquí le traigo lo que me mandó mi padre Judá, el pastor: hay un poco de leche, miel y queso, todo lo que he podido conseguir esta mañana.

-Muchas gracias, Benjamín, sois muy buenos con nosotros. El Señor os recompensará vuestra generosidad, Él es mucho más generoso que nosotros, pobrecillos hombres; a mí me ha hecho madre de este tesoro con sólo pronunciar una palabra: Sí. ¿Queréis quedaros un rato con nosotros, y os cuento algo de este Niño tan simpático, pero en bajito que si no se despierta?

-¡Sí, María, cómo no!

-Veréis, se llama Jesús y, según me dijeron hace nueve meses, tiene una misión muy importante en el mundo. Hace mucho tiempo, al principio de la Creación, vivían los hombres muy felices con Dios: jugaban con Él, paseaban juntos por el jardín del Paraíso, le contaban sus ilusiones, eran íntimos amigos. Un día los hombres decidieron apartarse de Dios pues creían que así serían más felices; se equivocaron y perdieron lo más grande que tiene el hombre: la cercanía de Dios.

Ahora este Niño ha venido al mundo para devolvernos esa cercanía con Dios. Os voy a contar un secreto, que a lo mejor no entendéis del todo: Jesús es el Dios hecho Hombre. Se hace uno como nosotros para que perdamos el miedo a acercarnos a Él. Mirad; Jesús llora como vosotros llorasteis cuando erais bebés, porque tiene frío y hambre, pero también se le saltan las lágrimas porque sabe -no olvidéis que es Dios y lo sabe todo- que mucha gente no le conocerá o no le entenderá, y seguirán apartándose de su Padre-Dios; vosotros podéis consolarle haciéndole eco entre vuestros amigos. También el Niño ríe cuando José -ese hombre joven que estaba haciendo el fuego en la entrada- le coge en brazos y le hace carantoñas; aunque el mayor motivo de su alegría es cuando alguien como vosotros le dice cosas cariñosas, cumple con su pequeña obligación de cada día.

Así de sencillo es querer a este Jesús nuestro, no lo olvidéis nunca, tampoco cuando seáis mayores, porque muchas veces nos creemos que al crecer ya tenemos que dejar de tratar a Jesús con cariño. ¿Quieres coger un rato al Niño mientras voy a por un poco de agua para prepararle el baño?

María ha puesto en tus manos al Niño Jesús. ¡Qué suerte tienes!, te veo emocionado. No tengas apuro en decirle todo lo que sientes, y darle un beso y luego otro, y abrazarle contra tu corazón egoísta para que lo convierta en generoso; llámale: ¡Mi Niño, mi Jesús, mi Dios, mi Único, mi Todo!⁴

Después de estar un buen rato con esta singular familia, y de pasarlo en grande, nos damos cuenta de que se nos ha hecho tardísimo y nuestros padres se pueden enfadar si no volvemos pronto a casa. De vuelta a Belén vamos comentando nuestro encuentro con Jesús, y sacamos propósitos de tratar con

⁴Cfr. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVA DE BALAGUER, *Santo Rosario, 3ª misterio gozoso*.

sencillez al Señor, tal y como María nos ha enseñado, y resuenan en nuestros oídos los últimos consejos de Nuestra Madre: “Cuando crezcáis no dejéis de decirle a Jesús con mucho cariño: Te quiero muchísimo”.

Puntos de meditación

-No olvides tus oraciones de niño, aprendidas quizá de labios de tu madre.
-Recítalas cada día con sencillez, como entonces. (Camino 553)

-A veces nos sentimos inclinados a hacer pequeñas niñadas. -Son pequeñas obras de maravilla delante de Dios, y, mientras no se introduzca la rutina, serán desde luego esas obras fecundas, como fecundo es siempre el Amor. (Camino 859)

-No quieras ser mayor. -Niño, niño siempre, aunque te mueras de viejo. -
Cuando un niño tropieza y cae, a nadie choca...: su padre se apresura a levantarlo.

Cuando el que tropieza y cae es mayor, el primer movimiento es de risa. -A veces, pasado ese primer ímpetu, lo ridículo da lugar a la piedad. -Pero los mayores se levantan solos.

Tu triste experiencia cotidiana, está llena de tropiezos y caídas. ¿Qué sería de ti si no fueras cada vez más niño?

No quieras ser mayor. -Niño, y que, cuando tropieces, te levante la mano de tu Padre-Dios. (Camino 870)

-Acude a la dirección espiritual cada vez con mayor humildad, y puntualmente, que es también humildad.

Piensa -no te equivocas, porque ahí Dios te habla- que eres como un niño

pequeño, ¡sincero!, al que van enseñando a hablar, a leer, a conocer las flores y los pájaros, a vivir las alegrías y las penas, a fijarse en el suelo que pisa. (Surco 270)

-Acostúmbrate a rezar oraciones vocales, por la mañana, al vestirse, como los niños pequeños. Y tendrás más presencia de Dios luego, durante la jornada. (Surco 473)

2. REYES MAGOS: PERSEVERANCIA

Vamos a hacer hoy un viaje largo. Acompañaremos a unos personajes importantes de un país de Oriente que, al divisar una estrella en su estudio del firmamento, se disponen a descubrir el misterio de este fenómeno astrológico. Va a ser una aventura no privada de peligros y dificultades, que al final tendrá una recompensa fabulosa (Cfr. Mt 2,1-12).

-¿Has oído hablar del viaje que quieren emprender Gaspar, Melchor y Baltasar? Parece ser que han hallado una estrella diferente a las demás. Según la tradición de Zoroastro cada estrella tiene un influjo en la vida de los hombres; y ésta parece ser muy importante pues no existe una igual en toda la galaxia. Según dicen se trata del nacimiento de un Rey que traerá la salvación a los hombres.

-A mí me han dicho que están buscando gente que les acompañe en el largo viaje. ¿Tú crees que nuestros padres nos dejarán tomar parte en la aventura? Parece que tiene buena pinta. Mi madre pensará que soy todavía pequeño, y me pondrá muchas pegas. Así que como tú eres mayor ya puedes interceder por mí para que me dejen ir.

-No te preocupes. Hablaré con tus padres y te dejarán. Si no hay ningún problema, quedamos mañana en la plaza del pueblo y nos apuntamos.

Hemos conseguido el permiso de nuestros padres. La plaza del pueblo está atiborrada de gente: unos curiosean, otros dan sus nombres para apuntarse al viaje, los más comentan el fenómeno de la estrella. Es pequeña pero brilla más que ninguna otra, parece que tiene la cola típica de las llamadas fugaces, y se

mueve con dirección este-oeste, hacia Egipto. Damos nuestros nombres y nos asignan la tarea de cuidar de los camellos en los momentos de descanso: darles de comer y de beber, limpiarlos, etc. Saldremos dentro de cinco días, aprovechando la luna llena....

Ya estamos en camino, hemos tomado la dirección del desierto, por aquí el viaje será más rápido, y no habrá dificultad para seguir la estrella durante la noche, pues en estos parajes las noches son muy claras, aunque frías.

Los primeros días son apacibles y sin sobresaltos. Todo transcurre con normalidad. Ya hemos hecho amistad con los tres Magos, son realmente simpáticos y alegres. Las jornadas con ellos se pasan con rapidez. Por las noches, después de cumplir nuestra ocupación, nos acercamos a su tienda de campaña donde nos cuentan entusiasmados cosas de la estrella.

Conforme van pasando los días, el cansancio va apoderándose de nosotros. Hay que racionar el agua y los víveres, que ya empiezan a escasear, pues debido a las tormentas de arena de los últimos días, hemos debido quedarnos más tiempo acampados. Pero por las noches estos hombres nos dan ánimos para continuar el viaje, superando todas las inclemencias de la travesía.

Han pasado unos meses. Algunos han desertado del camino y aprovechando otras caravanas que pasan a nuestro lado, en sentido contrario, dejan nuestra compañía. Nosotros continuamos aunque el pensamiento se nos va muchas veces a nuestros padres y amigos del pueblo. Ellos estarán descansados y sin los agobios por la incertidumbre de la aventura... ¿Qué nos pasará mañana?

(...) No podemos más, es demasiado para nuestras fuerzas. Decidimos dar marcha atrás.

-Gaspar, hemos decidido dejar la odisea de seguir a la estrella, nos volvemos a la tranquilidad de la vida en el pueblo.

-¡Pero cómo me decís esto! Una empresa comenzada no se puede dejar por cansancio. Fijaos en nosotros , ¿os creéis que no estamos también agotados? Pues claro que sí. Procuramos vencer los desánimos apoyándonos unos a otros, así es más fácil emprender y perseverar en el camino empezado: cuando nos sentimos fatigados, acudimos a la fortaleza de los demás, y volvemos a empezar. ¡Las grandes conquistas las consiguen los hombres cansados! Además, no perdáis nunca el punto de mira de vuestro actuar. ¿Por qué estáis aquí con nosotros? Por la grandiosidad de la estrella , ¿no? Pues ahí la tenemos todas las noches indicándonos el camino a seguir.

¡No os desaniméis, y a descansar! Muchas veces estas decisiones desacertadas las tomamos por estar extenuados físicamente. Hay que reponer fuerzas, y mañana veréis el día de otro color!

Estas palabras nos han devuelto la esperanza en nuestra lucha para seguir adelante. Qué suerte tenemos de poder encontrar personas en las que confiar, contarles nuestras dificultades y salir reconfortados. ¡Ojalá no nos encontremos nunca solos en nuestro batallar por la tierra!

Estamos llegando al final del desierto, se empiezan a ver zonas con mayor vegetación y el ganado pasta tranquilo en las praderas que son bañadas por las aguas del Jordán. En esta zona de Oriente también existen algunos montes elevados y, por lo tanto, aparecen nubes que muchos días descargan sobre la caravana la deseada lluvia que refresca nuestro caminar. Pero éstas traen también una dificultad: muchas noches la estrella, que no es visible durante el día por el radiante sol, por la noche desaparece oculta detrás de las nubes ¡Estamos desorientados!

Acudimos como cada noche a la tienda de nuestros amigos:

-¿Qué vamos a hacer ahora?, les preguntamos.

-No os preocupéis, por algo llevamos estudiando astronomía durante años. Tenemos una seguridad: la estrella seguro que sigue estando ahí. Aunque las nubes nos impidan verla, no hay duda de que la estrella continúa en su sitio; no han sido alucinaciones nuestras cuando la veíamos con nitidez en las noches del desierto. Ahora tenemos que confiar en nuestros conocimientos, y en los consejos que nos puedan dar los sabios de este país, nos responde Melchor.

-Mañana nos acercaremos al palacio de Herodes, que así se llama el rey de Israel, y le preguntaremos sobre el lugar del nacimiento de este personaje importante, interviene Baltasar. Ellos sabrán de quién se trata, así nosotros también nos acercaremos, y le ofreceremos nuestros regalos.

Ha amanecido un nuevo día. La lluvia fina cae sobre Jerusalén. Los habitantes de la ciudad se sorprenden cuando ven pasar nuestra caravana. Seguro que nunca habían visto una cosa semejante: una columna de camellos con unos hombres muy elegantes y ricos, y que hablan un lenguaje extranjero. Llegamos a la plaza del castillo, nuestros amigos entran en él con paso decidido. Nosotros esperamos fuera impacientes... Ya salen, en sus rostros se dibuja una sonrisa, pero sus ojos reflejan incertidumbre:

-Nos ha dicho que en Belén ha de nacer un Rey que regirá al pueblo de Israel, según está escrito por el profeta Miqueas. Nos ha pedido que vayamos allí y nos informemos con diligencia acerca del niño, y que volvamos a avisarle porque él también quiere ir a adorarlo. La verdad es que estas últimas palabras no las decía con mucha sinceridad.

Ya estamos fuera de la ciudad, hemos cogido el camino que lleva a Belén. Como es invierno, la noche se nos echa encima enseguida. Han desaparecido las nubes, y la estrella vuelve a brillar encima de nosotros con mayor esplendor. ¡Qué inmensa alegría! Nos acercamos a unos pastores para preguntarles sobre el nuevo nacimiento. Nos indican que a pocos metros hay una gruta donde acaba de nacer un niño; está con sus padres.

Cuando llegamos, contemplamos la escena abobados. Entramos, ahí está el Niño con María, su madre, nos postramos ante la maravillosa sencillez del Dios hecho Niño, le adoramos; abriendo nuestros cofres le ofrecemos nuestros regalos: oro, incienso y mirra.

Después de pasar un buen rato con la Sagrada Familia, y hablar de nuestras cosas y de las suyas, nos despedimos.

Vamos de vuelta a casa. Cuando pensamos en todo lo que hemos pasado en el viaje: sed, calor, tormentas de viento, peligros con las fieras del desierto, la desaparición de la estrella..., nos damos por recompensados al comprobar que vale la pena cualquier sacrificio por estar cerca de ese Niño. Y todo gracias a la perseverancia de estos hombres que han sido nuestros grandes aliados en la aventura.

Está claro que el propósito de hoy será el de perseverar en nuestra lucha aunque encontremos dificultades. No nos podemos desanimar cuando encontremos obstáculos, que siempre existirán: exámenes, cansancio, ambiente adverso entre los amigos, etc.

Puntos de meditación

-El desaliento es enemigo de tu perseverancia. -Si no luchas contra el

desaliento, llegarás al pesimismo, primero, y a la tibieza, después. -Se optimista.
(Camino 988)

-Da gracias a Dios, que te ayudó, y gózate en tu victoria. -¡Qué alegría más honda, esa que siente tu alma, después de haber correspondido! (Camino 992)

-¿Qué cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. -Enamórate, y no “le” dejarás. (Camino 999)

-Da muy buenos resultados emprender las cosas serias con espíritu deportivo... ¿He perdido varias jugadas? - Bien, pero si persevero, al fin ganaré.
(Surco 169)

-Me hace temblar aquel pasaje de la segunda epístola a Timoteo, cuando el Apóstol se duele de que Demas escapó a Tesalónica tras los encantos de este mundo... Por una bagatela, y por miedo a las persecuciones, traicionó la empresa divina un hombre, a quien San Pablo cita en otras epístolas entre los santos.

Me hace temblar, al conocer mi pequeñez; y me lleva a exigirme fidelidad al Señor hasta en los sucesos que pueden parecer como indiferentes, porque, si no me sirven para unirme más a Él, ¡no los quiero! (Surco 343)

3.SAN JOSÉ: OBEDIENCIA

La escena que nos servirá para la contemplación en el día de hoy está teñida de tristeza. Nos acercaremos a Nazaret, el pueblo de Jesús, María y José, donde acaba de fallecer el que ha hecho las veces de padre de Cristo en la tierra. Aprenderemos junto a la Sagrada Familia a vivir una virtud muy característica del Santo Patriarca: la obediencia.

Nazaret está de luto. Hace pocos días ha fallecido José, el artesano del pueblo. El Señor se lo ha llevado a su presencia en la flor de su madurez. Era muy querido por todos los habitantes de la villa. A todos les había tratado con cariño, y la mayoría de ellos tienen algún recuerdo de este formidable trabajador: una silla, una mesa, la puerta del huerto, el enyesado de la cocina después de unas goteras producidas por las lluvias, la yunta de los bueyes, etc.

La Santa Casa ha sido objeto de continuas visitas por parte de los vecinos de Nazaret. Allí han acudido todos a consolar a María y a Jesús, todavía en plena juventud. La gente sale conmovida de esa casa; con todos María ha tenido palabras de aliento y esperanza. Se respira algo divino detrás de esas paredes de barro y piedra. ¿Qué será?, se preguntan todos. Tú y yo lo sabemos. Aprovechamos que han pasado unos días después del acontecimiento para acompañar un rato a María y Jesús. También nosotros queremos aprender de sus palabras y de sus lágrimas.

-**¿María, dónde está Jesús?**, preguntamos nada más saludarla al entrar en la casa.

-**Ha ido a poner unas flores en la tumba de José**, nos contesta con prontitud.

-¿Podemos pasar y estar un rato haciéndote compañía?, preguntamos sabiendo la contestación, pues María nunca dice que no a un requerimiento de los hombres.

-¡Cómo no! Sentaos junto a la chimenea mientras voy a preparar un poco de queso con un vaso de leche, para que toméis algo, nos responde con una sonrisa.

Se nota que María ha llorado la muerte de su Esposo. El amor entre ambos era manifiesto para todos. Siempre les hemos visto juntos, nunca discutían y estaban a disposición uno del otro en cualquier momento del día o de la noche.

Cuando vuelve María con nuestra merienda, se sienta a nuestro lado, y empezamos la conversación.

-¿Nos podrías contar cosas de José? Ya nos imaginamos que al recordarlo sentirás una pena muy grande por su ausencia. Si no quieres, lo dejamos para otro día.

-No os preocupéis, cada vez que hablo de él me lo imagino feliz junto a nuestro Padre Dios, y así yo también me siento llena de felicidad.

José era la persona más buena del mundo. Como sabéis era un gran trabajador, pero siempre tenía tiempo para estar con nosotros, cualquier favor que le pedía lo hacía con rapidez y de buena gana. Era servicial y muy buen amigo de todas las personas del pueblo. Una de las virtudes que le caracterizaban era su piedad, siempre tenía un pensamiento sobrenatural cuando las cosas iban bien o mal, no le vi nunca quejarse por nada. Vivía de una forma espléndida la virtud de la santa pureza; desde el principio aceptó el compromiso mío con el Señor de ser virgen para siempre...

Todavía está hablando María cuando se abre la puerta y entra Jesús. Se extraña un poco al vernos a estas horas con su madre. Enseguida, al reconocernos, nos saluda afectuosamente por nuestros nombres; nos levantamos, pero nos interpela a que nos sentemos de nuevo. Luego se dirige a su madre, le da un par de besos y se la queda mirando. De los ojos del Señor caen unas lágrimas serenas que corren por sus mejillas. La Virgen abre sus brazos y Jesús se acerca hasta fundirse en un abrazo prolongado con Ella. Hacemos ademán de marcharnos pero nos lo impiden con un gesto. Comprendemos que necesitan de nuestra compañía en estos momentos difíciles.

-¿De qué estáis hablando?, dice Jesús.

-Les estaba contando cosas de tu padre, responde María.

-Pues seguir que a mí me gusta oír hablar de José, le debo mucho, continua Jesús.

-María, ¿de todas las virtudes de José, con cuál te quedarías?, le preguntamos audazmente.

-¡Me lo ponéis difícil! Sin embargo, me gustaría que le imitarais en su pronta obediencia. Mirad, José fue siempre muy dócil a lo que Dios quería de él. Cuando nos acabábamos de casar pero, según la costumbre judía, vivíamos cada uno en nuestra casa, yo recibí la gran noticia del nacimiento de Jesús, no se lo pude comunicar a nadie, ni tan siquiera a José, pues no sabía si eso entraba en los planes de Dios. Sufrimos mucho los dos. Él, como era justo y no quería entrometerse en Sus planes, decidió dejarme y que cayeran sobre su persona toda clase de críticas. Un ángel se le apareció reconfortándole y le confió una misión: recibirme en su casa y hacer las veces de padre de Jesús en la tierra. Él inmediatamente hizo lo

que le mandaban.

Luego cuando nació Jesús en Belén y el rey Herodes quiso matarlo, otro ángel se le apareció y le mandó levantarnos a medianoche para huir a Egipto. José obedeció con rapidez sin pensar en la inoportunidad de la hora, ni en los riesgos del viaje, ni en las dificultades de acomodarse a una nueva vida.

Pasados tres años recibió otra indicación de volver. Ya estábamos perfectamente instalados, con buenos amigos en la comunidad judía y un trabajo bien remunerado. Pero enseguida nos pusimos en camino, y a rehacer de nuevo la vida.

Y así podría seguir contando distintos episodios de su vida donde se refleja la prontitud con que siempre obedecía. Sabía que de este modo agradaba a Dios. Esta obediencia suya fue siempre alegre e inteligente, se movía perfectamente en los planes del Altísimo.

Nos quedaríamos horas y horas escuchando a María. Se ha hecho muy tarde y tenemos que volver a casa. Prometemos que todos los días les haremos una visita para que nos sigan contando cosas de José, pues tenemos mucho que aprender de él. Ahora les dejamos solos para que descansen después de estos días tan intensos.

Buen propósito tenemos hoy ante nuestros ojos: obedecer siempre. En primer lugar a las insinuaciones que recibimos del Señor en la oración, y a las indicaciones de la dirección espiritual. También, lógicamente, a los mandatos de nuestros padres que siempre quieren lo mejor para nosotros, aunque a veces no los entendamos. Pero que esa obediencia rápida sea con buenas caras y modales. Que no nos puedan decir: "para hacerlo así, mejor no lo intentes".

Puntos de meditación

-Por esa tardanza, por esa pasividad, por esa resistencia tuya para obedecer, ¡cómo se resiente el apostolado y cómo se goza el enemigo! (Camino 616)

-Obedeced, como en manos del artista obedece un instrumento -que no se para a considerar por qué hace esto o lo otro-, seguros de que nunca se os mandará cosa que no sea buena y para toda la gloria de Dios. (Camino 617)

-¡Oh poder de la obediencia! -El lago de Genesaret negaba sus peces a la redes de Pedro. Toda la noche en vano.

Ahora, obediente, volvió la red al agua y pescaron "piscium multitudinem copiosam" -una gran cantidad de peces.

Créeme: el milagro se repite cada día. (Camino 629)

-¡Con qué facilidad incumples el plan de vida, o haces las cosas peor que si las omitieras!... -¿Así quieres enamorarte cada vez más de tu camino, para contagiar después a otros este amor? (Surco 412)

-Se obedece con los labios, con el corazón y con la mente. -Se obedece no a un hombre, sino a Dios. (Surco 374)

4. S. JUAN BAUTISTA: RESPETOS HUMANOS

Después de pasar varios años en la humilde casa de Nazaret, Jesús va a iniciar su vida pública. Empezaremos a seguirle en sus caminatas por las tierras de Galilea y Judea. Para comenzar nos encontraremos con Juan el Bautista, pariente de Jesús; de él aprenderemos a comportarnos en medio de nuestro ambiente sin miedos, ni temores. (Cfr Lc 3,19-20)

Hemos acudido a la sinagoga del pueblo como todos los sábados. Ahí nos disponemos a seguir la ceremonia religiosa. Nos han leído unos párrafos del libro del profeta Isaías: "Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas". El rabino nos ha explicado las escrituras, y nos ha comentado algo sobre un tal Juan que está predicando a orillas del Jordán. Según ha dicho este nuevo profeta habla mucho sobre la necesidad de una conversión, un cambio interior, para preparar la llegada del Reino de los Cielos. Se acercan a él gentes del pueblo convencidas de que deben empezar una vida nueva, más acorde con nuestras creencias milenarias.

-Después de oír hablar al rabino José, me han entrado ganas de ir a conocer a esa persona. ¿Os animáis a conocerle?, nos pregunta nuestro amigo Zacarías.

-También nosotros habíamos pensado en ir a escuchar a Juan. Debe ser una persona con un gran empuje y convencido de lo que dice. Mucha gente del pueblo vuelve entusiasmada después de oírle. Además, según comentan, no tiene pelos en la lengua y dice verdades como puños.

-Mañana por la mañana salimos. El viaje puede ser largo. Habrá que llevar ropa de abrigo para pasar la noche al raso, y pedir permiso a

nuestros padres para estar varios días fuera de casa.

Cuando amanece el nuevo día ya hemos salido de nuestras casas y hemos emprendido el camino hacia el sur; vamos atravesando la región de Galilea siguiendo el curso del Jordán. Nos han dicho que el Bautista se encuentra a la altura de Jericó, cerca del Mar Muerto, donde el río forma unos remansos más tranquilos.

Después de caminar durante algunas horas, con paradas para comer y descansar, nos vamos encontrando con grupos de gente acampada que están comentando las palabras que ha dirigido Juan a las personas que hoy se han acercado a escucharle: a los publicanos les ha dicho que no exijan más de lo señalado; a los soldados que no hagan extorsión a nadie, ni denuncien falsedades.

Seguimos la marcha hasta que nos topamos con la figura de Juan. Está rodeado de gente, cada cual, después de recibir el bautismo de penitencia, le pregunta sobre lo que debe hacer para estar en paz con Dios. A unos les responde que si tienen dos túnicas, den al que no tiene; a otros que si tienen alimentos los compartan con los necesitados. Todos se retiran satisfechos. Ahora habla a la muchedumbre entera, nosotros escuchamos atentos:

-Yo os bautizo con agua; pero viene quien es más fuerte que yo, al que no soy digno de desatar la correa de sus sandalias: Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego. Tiene el biello en su mano, para limpiar su era y recoger el trigo en su granero, y quemará la paja con fuego inextinguible.

Así se pasa todo el día: predicando y bautizando. Cuando cae la noche se

queda con el grupo de sus discípulos. Nos presentan a Andrés y a Juan, este último es muy joven, de nuestra misma edad. Ahora que nos quedamos solos con él y sus amigos íntimos, le preguntamos por esa persona que viene detrás de él.

-Se llama Jesús, es de Belén aunque toda su vida la ha pasado en Nazaret, junto a María, su madre, y a José. Mi madre me ha hablado de Él como de un gran Profeta; es más, me ha dicho que es el Mesías que todos esperamos. Tengo unas ganas locas por conocerle y charlar despacio con Él...

La conversación se ha alargado hasta media noche hablando con Juan. Cuando nos retiramos a descansar, Andrés se nos acerca y nos sitúa ante la figura que hemos conocido hoy: el Bautista.

-Estáis ante un gran hombre: vive una pobreza ejemplar, es mortificado y lleva una vida de oración intensísima; también es muy agradable en el trato: servicial y alegre. Por ahí lo tachan de intransigente, pero no es cierto. Únicamente defiende la verdad con audacia y sin tener en cuenta el juicio de los hombres, pero a las personas las trata con verdadero cariño. Sólo le preocupa el juicio de Dios. No se esconde por miedo a lo que digan de él; sabe que diciendo la verdad aunque a veces sea duro, hace el bien a la gente. Esta forma de actuar le puede traer algunas incomprensiones, pero está convencido de que a la larga la verdad siempre vence.

Nosotros hemos tenido miedo en alguna ocasión, sobre todo después de que pasara el rey Herodes por aquí, y Juan le dijese que su actitud de vivir junto a la mujer de su hermano no es la correcta para un

israelita. Se enfadaron mucho los consejeros del rey, y estuvieron a punto de apresarle; menos mal que la muchedumbre lo protegió, si no se lo hubieran llevado a la cárcel seguro. Le comentamos que no dijese esas cosas porque se estaba jugando la vida, pero él nos respondió que más vale ganarse la vida eterna diciendo la verdad, que la muerte a manos de los hombres.

Realmente es digna de elogio la postura de Juan Bautista, ojalá todos pudiésemos decir siempre la verdad a la gente que nos rodea, a la vez que les comprendemos y perdonamos de todo corazón. Haciendo estas consideraciones nos dormimos. Hemos decidido quedarnos una temporada junto a Juan, esperemos que nuestros padres no se preocupen excesivamente, aunque les mandaremos recado con los paisanos que se detengan aquí.

Cuando en nuestro trato con los demás nos demos cuenta de que hay que advertirles sobre algo que no esté bien en su vida, no tengamos miedo a decir la verdad con caridad, no te acobardes. Piensa si hay algún amigo tuyo que se encuentre en esta situación: ayúdale con tu ejemplo sin tacha, y con tus palabras afables aunque sean directas, y siempre acompañadas con tu oración. Así podrás ser un buen instrumento en las manos de Dios.

Puntos de meditación

-Cuando está en juego la defensa de la verdad, ¿cómo se puede no desagradar a Dios y, al mismo tiempo, no chocar con el ambiente? Son cosas antagónicas: lo lo uno o lo otro! Es preciso que el sacrificio sea holocausto: hay que quemarlo todo..., hasta el "que dirán", hasta eso que llaman reputación.

(Surco 34)

-Asusta el daño que podemos producir, si nos dejamos arrastrar por el miedo o la vergüenza de mostrarnos como cristianos en la vida ordinaria. (Surco 36)

-Ríete del ridículo. -Desprecia el qué dirán. Ve y siente a Dios en ti mismo y en lo que te rodea. -Así acabarás por conseguir la santa desvergüenza que precisas, ¡oh paradoja!, para vivir con delicadeza de caballero cristiano. (Camino 390)

-José de Arimatea y Nicodemo visitan a Jesús ocultamente a la hora normal y a la hora del triunfo.

Pero son valientes declarando ante la autoridad su amor a Cristo - "audacter"- con audacia, a la hora de la cobardía. -Aprende. (Camino 841)

-Cuando se ha producido la desbandada apostólica y el pueblo embravecido rompe sus gargantas en odio a Jesucristo, Santa María sigue de cerca de su Hijo por las calles de Jerusalén. No le arredra el clamor de la muchedumbre, ni deja de acompañar al Redentor mientras todos los del cortejo, en el anonimato, se hacen cobardemente valientes para maltratar a Cristo.

Invócala con fuerza: "Virgo fidelis!" -¡Virgen fiel!, y ruégale que los que nos decimos amigos de Dios lo seamos de veras y a todas las horas. (Surco 51)

5. EL APOSTOL FELIPE: APOSTOLADO

Tendremos la suerte de estar presentes en el comienzo de la vida pública del Maestro. Como sabrás se inicia con el Bautismo de Juan en el Jordán y la llamada de los primeros discípulos. A algunos los llama personalmente y sin intermediarios, pero la mayoría le son presentados por otros apóstoles. También tú aprenderás a ser uno de esas personas que presenta a sus amigos a Jesús para que cambie su vida (Cfr. Jn 1,29-49).

Nos hemos quedado unos días con Juan Bautista. Hemos visto como bautizaba a mucha gente. Hemos tenido el gozo de hacer amistad con discípulos del Bautista: Andrés y Juan. Un día cualquiera, mientras hablábamos con estos amigos del Precursor, observamos como Juan se detiene ante un hombre y se resiste a bautizarle; nos acercamos y oímos la conversación:

-Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿cómo vienes tú a mi?, balbucea Juan.

-Déjame ahora, así es como debemos nosotros cumplir toda justicia, responde su interlocutor.

Juan se lo permite. En cuanto fue bautizado y salió del agua, se abrió el cielo y oímos una voz que decía: "Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido". Juan observa como se marcha con paso decidido este hombre misterioso. Corre alborozado hacía nosotros.

-¿Quién es?, le preguntamos asombrados.

-Es Jesús, aquel del que os dije que después de mí viene un hombre

que ha sido antepuesto a mí, porque existía antes que yo, contesta Juan.

Nos quedamos sobrecogidos ante esta aparición inesperada de Jesús. ¡Cuánto tiempo esperando este momento! ¡Ya está aquí! Durante todo el día Juan nos va contando cosas de Jesús: le había conocido en la infancia, pero desde hacía muchos años no había tenido noticias de Él.

A la mañana siguiente mientras considerábamos en nuestra oración todo lo que nos había enseñado Juan el día anterior, pasó de nuevo Jesús. Juan fijándose en Él, dijo: "He aquí el Cordero de Dios". Andrés y Juan Evangelista se levantaron y salieron corriendo en pos de Jesús. Tú y yo seguimos sus pasos hasta alcanzar a Cristo.

-¿Qué buscáis?, nos pregunta Jesús.

-Rabí, ¿dónde vives?, le respondemos temblorosos.

-Venid y veréis, concluye el Maestro.

Se nos pasan las horas volando al escuchar a nuestro nuevo amigo. Nos abre su corazón de par en par explicándonos el motivo de su venida al mundo. Nos hace partícipes de su misión: hacer que los hombres sean felices dándose cuenta del amor que Dios les tiene. Nos dice que todo el mundo está llamado a participar de la dicha de Dios, no sólo en el cielo sino también en la tierra, como hijos. Es un panorama nuevo que nos hace ilusionarnos con nuestra vida aparentemente tan simple, si no hubiéramos conocido a Jesús.

Cae la tarde, tenemos que dejarle. Quedamos en que nos volveremos a ver en Galilea. Volvemos junto a Juan, que nos espera deseoso de tener noticias de Jesús. Le contamos nuestra experiencia y celebramos este encuentro con Jesucristo. ¡Qué ganas de comunicárselo a nuestros amigos del pueblo! Mañana

mismo volveremos a nuestras casas para hablar de Jesús a nuestros parientes y conocidos. Andrés comenta que se lo dirá enseguida a su hermano Simón; Juan dice lo propio de su hermano Santiago... Nos despedimos de ellos.

Han pasado los días, el pueblo está revolucionado con las noticias que hemos traído. Todos quieren conocer a Jesús, pensamos que ya les llegará el momento cuando el Señor pase por el pueblo. Mientras tanto hemos decidido salir al encuentro de Jesús, que nos dijo que estaría en Galilea al cabo de unos días...

A media mañana vemos que se acerca un pequeño grupo de gente, distinguimos a Jesús, a Andrés y a Juan; también le acompañan otras cuatro personas. Nos las presentan, son Simón, Santiago, Felipe y Bartolomé. Le decimos a Jesús que la gente del pueblo quiere conocerle para escucharle y dar un sentido a sus vidas. Nos encaminamos hacia allá.

Nos acercamos a Felipe y Bartolomé, e iniciamos la conversación:

-¿Cómo habéis conocido vosotros a Jesús?, les preguntamos.

-Yo me lo encontré por el camino hace dos días, me dijo que le siguiera y aquí estoy, comenta con rapidez Felipe.

-A mi este "pesado" de Felipe me habló ayer de Jesús y me "engaño" para que lo conociese, responde Bartolomé. **No me fiaba ni un pelo. Al decirme que era de Nazaret pensé que de ese pueblo no podía salir nada bueno, pues soy del pueblo vecino, de Cana, y siempre nos estamos tirando los trastos. Pero como Felipe es muy buen amigo mío y le conozco, se que no me va a engañar. Así que me dije vamos a conocer a ese tal Jesús. ¡Cuántas gracias tengo que dar a Felipe! ¡Qué hubiese sido de mí si no le hubiera conocido! Desde que Jesús me dirigió la palabra me di cuenta de que Él era el Hijo de Dios, el Rey de Israel.**

Qué importante es no ser egoístas y pensar en los demás siempre. Es lógico que si conocemos algo que nos llena el corazón enseguida se lo manifestemos a los que nos rodean. Hay que aprovechar cualquier circunstancia para hablar de lo que llevamos dentro. Muchas personas pueden no llegar a conocer a Dios por nuestra pereza, nuestro miedo a no ser comprendidos o nuestra ligereza. ¡Qué pena si el Señor tuviera previsto llegar a esa persona por medio de nuestra palabra o de nuestro ejemplo y nos callásemos!

Que claro ha sido Bartolomé. Nos ha confirmado en la idea que ya teníamos de hablar claramente de Jesús a todas las personas que conocemos. Si no lo hacemos así será señal evidente de que o queremos poco a Jesús o queremos poco a nuestros amigos, y en un apóstol no se pueden dar ninguno de los dos hechos.

Pregúntate cuantos amigos tienes y a cuantos les has hablado de la posibilidad de conocer a Jesús. A nuestros amigos les hablaremos de encontrarse con el Señor en los sacramentos, especialmente en el de la Penitencia, donde recibirán el perdón amabilísimo de Dios, y en el de la Eucaristía, donde encontrarán al mismo Jesús. Y si no sabes lo que decirles sigue el ejemplo de Felipe y diles: "Ven y verás".

Puntos de meditación

-¿No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor? (Camino 790)

-Pequeño amor es el tuyo si no sientes el celo por la salvación de todas las almas. -Pobre amor es el tuyo si no tienes ansias de pegar tu locura a otros apóstoles. (Camino 796)

-¡Qué compasión te inspiran!... Querrías gritarles que están perdiendo el tiempo... ¿Por qué son tan ciegos, y no perciben lo que tú -miserable- has visto? ¿Por qué no han de preferir lo mejor?

Reza, mortifícate, y luego -¡tienes obligación!- despiértales uno a uno, explicándoles -también uno a uno- que, lo mismo que tú, pueden encontrar un camino divino, sin abandonar el lugar que ocupan en la sociedad. (Surco 182)

-Cuando te lances al apostolado, convéncete de que se trata siempre de hacer feliz, muy feliz, a la gente: la Verdad es inseparable de la auténtica alegría. (Surco 185)

-Eres, entre los tuyos -alma de apóstol-, la piedra caída en el lago. - Produce, con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho. ¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión? (Camino 831)

6. SAN MATEO: POBREZA

Consideraremos hoy la respuesta rápida de un hombre -con una posición social relevante- a la llamada de Cristo. Será uno de los doce Apóstoles que sembrarán la doctrina del Maestro por todo el mundo (Cfr. Lc 5,27-28).

El invierno ha caído de lleno sobre Cafarnaún, el pueblo de Pedro y Andrés. La bruma invade esta mañana el puerto, se observan a pocos metros del embarcadero unas naves de pescadores que regresan de su labor en la noche. Por sus expresiones de entusiasmo parece que han hecho una buena faena. Tú y yo hemos decidido esta mañana dar un paseo por la ribera del lago. Hace unos días conocimos a Jesús, y nos han dicho que esta mañana estará por estos parajes.

-¡Eh, vosotros! ¿Nos podéis echar una mano para amarrar las barcas?, oímos la voz inconfundible de Pedro, al que acompañan Andrés, Santiago y Juan.

-¿Qué tal ha ido la jornada de pesca?, les preguntamos.

-Parece ser que ha habido suerte, y hemos encontrado un buen banco de peces, no es normal que a estas alturas del año tengamos una redada tan numerosa. Lo malo es que tendremos que pasar ahora por el recaudador de impuestos, ese tal Mateo, y nos dejará con la miel en los labios. Por lo menos, podremos llegar a final de mes sin muchos agobios.

Ayudamos a Pedro a bajar los aparejos de la barca, y a meter los peces en las cajas preparadas para el recuento. Realmente ha sido un día inmejorable, la captura es abundante, hay peces de toda clase y tamaño. Cuando estamos

trasladando el pescado a la lonja donde se hace la venta directa de las piezas, aparece Jesús. Viene seguido de Felipe y Bartolomé, las dos últimas personas que se han sumado a la comitiva del Maestro. Todos acudimos a saludar al Señor.

-Buenos días, Pedro. Por la cara que traes, se nota que habéis pescado en abundancia, dice Jesús.

-La verdad es que ha sido una noche fantástica. Ha merecido la pena ir a la otra orilla del lago, allí hemos hecho la pesca del año. ¿Te han enseñado ya lo que hemos cogido?, le responde Pedro. La pena es que ahora perderemos gran parte de nuestras ganancias ante el publicano Mateo. Es un hombre de vida desarreglada, que con nuestro dinero se dedica a dar grandes banquetes a sus amigos, y a vivir lujosamente. ¿Te has fijado cómo viste? Parece un dandi, siempre con ese aire de autosuficiencia; está siempre perdonando a los más pobres con su actitud.

-Pedro, ¡cómo dices esas cosas! Aunque sea un hombre que no practica la religión judía y esté metido en un ambiente un poco enrarecido por el dinero, el otro día estuve hablando con él, y tiene grandes inquietudes en su vida. Es un hombre de buen corazón, que sufre cuando debe cumplir con su trabajo, y cobrar los impuestos que la ley romana exige a sus súbditos. Tú reza por él, y acuérdate que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores; porque no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos.

El Señor nos ha dejado a todos perplejos. Mateo es conocido en el pueblo como un publicano, que se dedica a sacar dinero a los pescadores para incrementar las cajas imperiales. Los romanos, a cambio, le conceden ciertos privilegios en la distribución de su hacienda.

Mientras escuchábamos el diálogo entre Jesús y Pedro, nos hemos ido acercando al despacho de tributos que es donde trabaja Mateo con otros cuantos recaudadores.

-Señor, si Tú entras, yo me quedo fuera, porque tengo que decirle unas cuantas cosas a ese hombre, y no creo que te gusten, matizó Pedro.

-No me parece bueno tu comportamiento, Pedro. Tú tienes que procurar actuar siempre con rectitud esté yo o no, contestó Jesús. **Yo voy a entrar, tú haz lo que quieras.**

-Aquí te espero, más tarde pasaré a regatear mis ganancias, concluyó Pedro.

Tú y yo sí que entraremos con Jesús. Una cosa que nos ha quedado clara desde que le conocimos es que hay que estar siempre muy cerca de Él: podremos aprender cosas nuevas, y disfrutar con sus palabras y su ejemplo.

Subimos a la estancia superior, donde suena el tintineo de las monedas. Están haciendo el recuento de la recaudación del día. Entramos... Cuando ven al Señor, todos se ponen de pie y le saludan afectuosamente ¡Todo el mundo quiere al Maestro! Se nota que les dedica mucho tiempo para explicarles todo tipo de cosas.

-Mateo, sígueme, exclama Jesús.

Mateo, también llamado Leví, deja las cuentas que estaba preparando y se dirige hacia el Señor. Le mira complacido y, despidiéndose de sus compañeros de trabajo, sale de la habitación acompañando a Jesús. Nosotros también seguimos sus pasos. En la puerta de la casa nos esperan Pedro y los demás. Nos observan

sorprendidos, sin dar explicación a lo que están viendo con sus ojos.

-Desde hoy también Mateo formará parte de nuestro grupo; por lo tanto, se acabaron las discordias entre vosotros. Y ahora daos un abrazo de reconciliación, puntualiza el Señor.

Mientras los distintos componentes del grupo saludan al recién llegado, tú y yo nos preguntamos que tendrá Jesús para que le siga tanta gente, llegando a dejar todo lo que tienen entre manos para entregárselo. Cuando hemos iniciado el camino hacia las praderas cercanas a Cafarnaún, donde comeremos hoy, nos acercamos a Mateo, e iniciamos la conversación:

-Mateo, ¿cómo te ha convencido Jesús tan rápido para dejar todas las cosas y seguirle?

-Mirad. Yo estaba metido en mi mundo, únicamente vivía para ganar mucho dinero, y así poder divertirme con mis amigos en grandes fiestas, despilfarrando lo que ganaba. Mi obsesión era vestir con la ropa de moda que viene de Arabia, comprar los mejores caballos, y convivir con los más adinerados. Tenía el corazón apegado a las riquezas.

El otro día me encontré con Jesús, me explicó el valor de la pobreza, y me hizo ver cómo Él, siendo quien es, nació pobre y vive sin un lugar donde reclinar la cabeza; pero está feliz y contento. Tiene el corazón puesto en su Padre Dios y en las personas. Con ese desprendimiento de las cosas de la tierra es capaz de tener el alma libre, y querer de verdad a la gente, sin clasificarlas por lo que tienen, sino por lo que son.

He estado pensando en todo esto y me he dado cuenta de que no merecía la pena vivir como lo estaba haciendo. ¡Ya está bien de ser un

egoísta, le seguiré! Y aquí estoy.

¡Venga, vamos, que nos hemos quedado atrás...!

¡Qué buen ejemplo nos ha dado Mateo! Y pensar que nosotros todavía le damos tanta importancia a tener de todo y a disfrutar egoístamente con todo.

Como propósito para el día de hoy, haremos memoria de las cosas que nos impiden amar con locura al Señor, porque ocupan una parte importante de nuestro corazón: el dinero, las aficiones desordenadas, el tiempo, la música, la diversión exagerada, el estar a la última... Procuremos ejercitarnos en el desprendimiento de algunas de estas cosas.

Puntos de meditación

-Despégate de los bienes del mundo. Ama y practica la pobreza de espíritu: conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente.

Si no, nunca llegarás a ser apóstol. (Camino 631)

-No tienes espíritu de pobreza si, puesto a escoger de modo que la elección pase inadvertida, no escoges para ti lo peor. (Camino 635)

-Muchos se sienten desgraciados, precisamente por tener demasiado de todo. Los cristianos, si verdaderamente se conducen como hijos de Dios, pasarán incomodidad, calor, frío... Pero no les faltará jamás la alegría, porque eso -¡todo!- lo dispone o lo permite Él, que es la fuente de la verdadera felicidad. (Surco 82)

-Si estamos cerca de Cristo y seguimos sus pisadas, hemos de amar de todo corazón la pobreza, el desprendimiento de los bienes terrenos, las privaciones.

(Forja 997)

-Lógicamente has de emplear medios terrenos. Pero pon un empeño muy grande en estar desprendido de todo lo terreno, para manejarlo pensando siempre en el servicio a Dios y a los hombres. (Forja 728)

7. NICODEMO: FILIACIÓN DIVINA

Entre las costumbres de Jesús está el hacer un rato de oración a última hora del día. Cuando oscurece, Él se retira con sus discípulos a un lugar solitario y allí da gracias a su Padre por todo lo que ha vivido durante la jornada. Hoy este rato de tranquilidad se verá interrumpido por la aparición de un personaje importante de la aristocracia judía: Nicodemo. Éste pertenece al máximo organismo de gobierno del país: el Sanedrín. (Jn 3, 1-21)

Hemos vivido un día un tanto especial. Era la primera visita que hacía Jesús a Jerusalén después de haberle conocido nosotros. Allí, una vez que hemos llegado al Templo, el semblante de Cristo ha cambiado radicalmente: antes era radiante y tranquilo, pero cuando ha visto el ambiente de los vendedores de animales, para ofrecer sacrificios, y cómo chillaban e intercambiaban dinero entre ellos, se ha puesto triste. Estaban convirtiendo la casa de Dios en una tienda de negocios. Con fortaleza pero sin hacer daño a las personas, hizo un látigo de cuerda y expulsó a todos del Templo. Recordamos aquellas palabras de la Escritura que dicen: “El celo de tu casa me consume”.

Cuando todos se han marchado seguimos al Maestro hasta el monte de los olivos. Es el lugar que ha elegido el Señor para reunirnos por la noche. Cae la tarde sobre Jerusalén. La cúpula dorada del Templo brilla con los últimos rayos del sol. Jesús nos habla del cuidado que tenemos que poner en todo lo referente a los sitios donde se da culto a Dios: debemos guardar el debido respeto en un recinto santo, que todo lo que hagamos tenga esa sentido de adoración propia de un lugar donde se encuentra el Señor.

Antes de que terminara de darnos los últimos consejos sobre un tema tan

importante, se acerca un hombre entrado en años: barba larga y ojos profundos, andar elegante y sosegado, se nota que es un personaje importante. Todos nos levantamos sorprendidos por la visita.

-Rabí, me llamo Nicodemo, sabemos que has venido de parte de Dios enviado como maestro, pues nadie puede hacer los prodigios que tú haces si no está Dios con él. Ya me imagino que a estas horas de la noche te molesto con mi presencia, pero como pertenezco al Sanedrín y no estás muy bien visto entre mis colegas, tengo que venir en este momento. ¿Podría charlar un rato contigo?

-¡Cómo no, Nicodemo! Vámonos un poco más allá. Junto a aquellos olivos estaremos más tranquilos.

Antes de acomodarse, apoyados en los árboles, ya Nicodemo ha comenzado a abrir su alma a Jesús. Este le escucha con atención, fija su mirada en Nicodemo y le interrumpe de vez en cuando para explicarle algo que el maestro de Israel no termina de entender. La conversación se prolonga durante un buen rato. Se nota que están a gusto. De vez en cuando vemos que Nicodemo se lleva las manos a la cabeza, pensativo... Así está un tiempo hasta que Jesús le vuelve a razonar el tema con otras argumentaciones. Nicodemo abre los ojos entusiasmado con las nuevas palabras del Maestro, como diciendo: ¡Cómo puede ser esto! Está perplejo. A nosotros nos gustaría estar junto a ellos, porque las palabras de Cristo nos descubren siempre un horizonte insospechado. Ya nos enteraremos de qué han estado hablando, y de por qué se extraña tanto Nicodemo de las palabras de Jesús.

La noche ya es cerrada sobre Jerusalén. Las voces se han ido acallando y las luces de la ciudad difuminando. Nuestros dos amigos parece que han

terminado de charlar y se acercan a nosotros. Nicodemo está radiante de alegría.

-¡Qué suerte tenéis por convivir tan cerca de Jesús!, nos comenta Nicodemo. Me ha descubierto un panorama espléndido para mi vida. Antes vivía únicamente pendiente de cumplir la Ley de Moisés. Pero no me daba cuenta del motivo por el que luchaba. Lo hacía sólo para tener la conciencia tranquila ante mi Dios, sin embargo ahora me doy cuenta de que tengo que hacer las cosas por Amor a Dios, por que Él es mi Padre, y espera que me comporte en todo momento como un buen hijo. Por eso me ha dicho Jesús que “debo nacer de nuevo del agua y del Espíritu, para entrar en el Reino de Dios”. Me ha declarado una de las verdades más asombrosas que he oído jamás: “tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no muera, sino que tenga vida eterna”.

-De eso ya nos damos cuenta, contestamos. Jesús está devolviéndonos la esperanza de vivir una vida nueva. ¿Pero qué es eso de que debemos nacer de nuevo?

-Dios es Padre, nos responde Nicodemo. No es un ser lejano a nuestra existencia. Está junto a nosotros en todas las circunstancias de nuestra vida: nos ayuda con su gracia, nos comprende y nos perdona siempre que acudimos a Él con humildad. Por eso nuestro trato con Dios debe estar lleno de confianza, siempre querrá lo mejor para nosotros, aunque en ocasiones nos parezca que el mundo se nos echa encima por que las cosas no salen como las habíamos pensado. Él sabe más, y con el paso del tiempo terminaremos por darnos cuenta de que todo lo que nos ocurre nos hace bien, ya sea física o espiritualmente.

-No logramos entenderte del todo, ¿podrías explicarte un poco

más?, preguntamos asombrados.

-Este es el gran don de Dios a los hombres: la Filiación Divina. Seguramente os habréis quedado tan asombrados como yo. No os preocupéis, medita despacio estas palabras y terminaréis por entender. La verdad es que lo tenemos bastante fácil, basta ver como se comporta un buen padre con su hijo, sobre todo cuando éste es pequeño: está siempre pendiente de él para que no le pase nada malo; se desvela cuando llora por la noche; se preocupa por darle lo mejor, aunque también le riñe o castiga cuando hace algo mal y al chico le parece que su padre no tiene razón, pero esas palabras fuertes se vuelven sonrisas y besos cuando se le pide perdón. Si no termináis de entender, preguntadle a Jesús que Él os explicará con mayor exactitud.

Con estas últimas palabras Nicodemo, que tiene que volver a su casa sin levantar sospechas, se despide de nosotros. Le vemos alejarse de nosotros entre las sombras de los olivos. Su caminar denota un cambio en su vida. Está gozoso de poder haber hablado con Jesús y manifestarle sus inquietudes. Ha salido reconfortado. Ahora, seguro que está dispuesto a dar la cara por el Señor delante de las autoridades de Israel.

El misterio de la Filiación Divina, de que tú y yo somos hijos de Dios, tiene que estar presente en todo nuestro actuar. Y así, la oración sera una conversación amorosa entre Dios, nuestro Padre, y nosotros, sus hijos predilectos; el trabajo y el estudio los realizaremos como corresponde a un hijo de Dios; y en los demás veremos personas que debemos querer como el Señor las ama, evitando meternos con ellas y perdonándolas siempre.

Puntos de meditación

-Los hijos... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres!

Y los hijos de los Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza!

Y tú... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre-Dios?
(Camino 265)

-Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. – Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

Y está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos-, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.

¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres diciéndoles, después de una travesura: ¡ya no lo haré más! –Quizá aquel mismo día volvimos a caer de nuevo... –Y nuestro Padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende..., a la par que se enternece su corazón, concedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace por portarse bien!

Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos. (Camino 267)

-Un consejo, que os he repetido machaconamente: estad alegres, siempre alegres. –Que estén tristes los que no se consideren hijos de Dios. (Surco 54)

-Hijos de Dios. –Portadores de la única llama capaz de iluminar los

caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras.

El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine... De nosotros depende que muchos no permanezcan en tinieblas, sino que anden por senderos que llevan hasta la vida eterna. (Forja 1)

-Descansa en la filiación divina. Dios es un Padre -¡Tu Padre!- lleno de ternura, de infinito amor.

Llámale Padre muchas veces, y dile -a solas- que le quieres, ¡que le quieres muchísimo!: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo. (Forja 331)

8. UN LEPROSO: AMOR A LA CONFESIÓN

La escena que nos va servir hoy para la oración nos puede hacer saltar las lágrimas, al contemplar el corazón grande y magnánimo de Jesús al curar un leproso, que sale a su encuentro en una ciudad cercana al lago de Genesaret (Cfr. Lc 5, 12-16).

Estamos tú y yo ayudando a los primeros apóstoles del Señor a recoger la cantidad de peces que hemos capturado, después de que Jesús nos mandara echar la red a la derecha de la barca. Un cierto temor se ha apoderado de nuestro cuerpo ante el portentoso milagro del Maestro, y comentamos con Pedro, Andrés, Santiago y Juan hasta dónde llegará el poder de Cristo.

Después de vender el pescado en el mercado, nos dirigimos con Jesús hacia el centro del pueblo; la gente que ha visto el milagro le espera, ansiosa de su palabra. En esto, se oye un tintineo de campanas desde el otro lado de la plaza; la gente empieza a gritar:

-¡Apartaos! Ahí viene el leproso, lleva días por estos parajes, ya podrían haber avisado al rabino de la sinagoga para que lo expulsara. ¡Es inmundo y no tiene derecho a acercarse a ningún poblado! ¡Coged piedras y tirádselas, a ver si nos deja tranquilos!

Observamos incrédulos cómo el leproso sigue en su intento de acercarse al Maestro, no le importan ni los insultos, ni las piedras, ni las miradas despectivas. Su paso es decidido, va envuelto en la túnica blanca con que suelen vestir estos enfermos; en la mano derecha lleva una diminuta campana, y con la izquierda

se apoya en su mísero cayado.

Ya está a pocos metros de Jesús, la muchedumbre ha ido apaciguando sus gritos y ahora en silencio miran la escena. Nosotros estamos junto a Pedro y Juan detrás de Cristo, y podemos ver el rostro y las manos desfiguradas del enfermo. Damos un paso hacia atrás cuando el leproso cae rostro en tierra a los pies del Maestro. El silencio es roto por las exclamaciones cuando Jesús coge al tullido por los brazos y lo levanta. Las miradas de ambos se cruzan, de los ojos del leproso surgen unas lágrimas, de los labios de Cristo una sonrisa .

-¿Qué quieres?, dice Jesús.

-Señor, llevo varios días observándote desde lejos y oyendo todo lo que dices; al principio no me atrevía a acercarme a Ti por vergüenza, debido a mi enfermedad: tengo el cuerpo roto por las llagas, e infectado; de mis heridas sale pus y huelo mal. Pero me he dado cuenta de que a ti no te asusta la miseria de los hombres, y de que únicamente quieres el bien para nosotros, así que me he decidido a venir a Ti, y decirte que si quieres, y tienes misericordia de mí, puedes limpiarme.

-Me has ganado con tu sinceridad, al mostrarme tus heridas; pero más grande es tu fe al venir a mí, para recibir la curación.

El Señor extendió la mano, le tocó la cara y le dijo:

-¡Quiero, queda limpio! Preséntate a los sacerdotes para certificar tu curación, haz tu ofrenda según prescribió Moisés, vete y no peques más. Lo que realmente afea el corazón del hombre es el pecado, que lo hace indigno de su condición de hijo de Dios.

Un largo abrazo entre los dos sigue a la curación. Las carnes del leproso se han vuelto limpias, se han curado sus heridas, y su aspecto recobra la dignidad perdida. El que era enfermo se marcha canturreando y contento; el Señor le ha devuelto la vida. La muchedumbre, al caer la tarde, también se marcha a sus casas. Nos quedamos solos con Jesús.

-Señor, qué milagro más portentoso has hecho, le comentas.

-Mira, hijo mío, esto es nada en comparación con los que haré a lo largo de la historia en las almas de los hombres que se acerquen compungidos al Sacramento de la Misericordia de Dios. Realmente habrá que superar una cierta vergüenza al confesar los pecados a mis representantes en la tierra: los sacerdotes. Pero si existe un verdadero dolor por esas faltas cometidas, que les lleva a poner los medios para no ofender más a nuestro Padre-Dios, entonces estaré siempre dispuesto a perdonar, aunque el pecado sea horrible, porque he venido a salvar a los pecadores, y devolverles la posibilidad de abrazar a Dios.

-Gracias, Jesús, por ser tan bueno con nosotros, y perdonarnos siempre que acudimos a Ti. Señor, me gustaría no ofenderte nunca más, pues cada día me doy más cuenta de lo que significa el pecado: un ingrato rechazo de tu amistad para conmigo. Te pido, con osadía, que ningún hombre muera sin recibir tu perdón, y si puede, sin recibir el Sacramento de la Penitencia. También te pido que los sacerdotes estén siempre dispuestos a perdonar en tu nombre, y que sean tan misericordiosos como Tú. Señor, que siempre odie el pecado y me una a Ti con un amor tan grande como tu amor. ¡Ojalá nunca pierda esa fe del leproso para acercarme a Ti cuando esté enfermo del alma!

Para terminar este rato de oración piensa cómo acudes tú a recibir el Sacramento de la Confesión: con qué frecuencia lo haces, cómo cuidas los cinco pasos: el examen de conciencia, el dolor de tus pecados, el propósito de la enmienda, la sinceridad delante del confesor al acusarte de tus pecados, y le generosidad y prontitud en cumplir la penitencia.

Puntos de meditación

-¡Mira qué entrañas de misericordia tiene la justicia de Dios! -Porque en los juicios humanos, se castiga al que confiesa su culpa: y, en el divino, se perdona.

¡Bendito sea el santo Sacramento de la Penitencia! (Camino 309)

-Padre: ¿cómo puede usted aguantar esta basura? -me dijiste-, luego de una confesión contrita.

Callé, pensando que si tu humildad te lleva a sentirte eso -basura. ¡un montón de basural-, aún podremos hacer de toda tu miseria algo grande. (Camino 605)

-Me escribes que te has llegado, por fin, al confesionario, y que has probado la humillación de tener que abrir la cloaca -así dices- de tu vida ante “un hombre”.

¿Cuándo arrancarás esa vana estimación que sientes de ti mismo? Entonces, irás a la confesión gozoso de mostrarte como eres, ante “ese hombre” ungido -otro Cristo, ¡el mismo Cristo!-, que te da la absolución, el perdón de Dios. (Surco 45)

-Si alguna vez caes, hijo, acude prontamente a la Confesión y a la dirección espiritual: ¡enseñe la herida!, para que te curen a fondo, para que te quiten todas

las posibilidades de infección, aunque te duela como en una operación quirúrgica. (Forja 192)

-¡Dios sea bendito!, te decías después de acabar tu Confesión sacramental. Y pensabas: es como si volviera a nacer.

Luego , proseguiste con serenidad: “Domine, quid me vis facere?” -Señor, ¿qué quieres que haga?

Y tú mismo te diste la respuesta: con tu gracia, por encima de todo y de todos, cumpliré tu Santísima Voluntad: “serviam!” -¡te serviré sin condiciones! (Forja 238)

9. CENTURIÓN: HUMILDAD

Jesús, como tiene un corazón grande, muchas veces se admira ante las virtudes de los hombres y mujeres que va encontrando en su paso por la tierra. Esto es lo que ocurre en la escena que vamos a contemplar hoy. El Señor se dejará ganar por la fe y la humildad de un soldado romano que le pide la curación de uno de sus criados. (Cfr. Mt 8, 5-13)

-¿Conocéis ya la nueva sinagoga?, nos pregunta David.

- Ayer por la tarde la estuvimos viendo, realmente ha quedado preciosa. Menos mal que el centurión Marco nos ha echado una mano en la construcción, si no hubiera sido por él no la habríamos terminado en un año. Este oficial del ejército romano se está portando de maravilla con nuestro pueblo. Según me ha contado el rabino, está preparándose para recibir la fe de nuestros padres, además lee con frecuencia los libros inspirados y está estudiando la historia del pueblo de Israel, le contestas.

- Se comenta en las casas que Marco tiene un criado que está enfermo, muy grave. Los médicos le dan pocos días de vida. Él está sufriendo muchísimo pues trata a todos con gran cariño, procura poner todos los medios para que se cure y, de hecho, se ha gastado una gran cantidad de dinero para salvarle.

A la mañana siguiente de nuestra conversación con David hemos ido temprano a sacar agua del pozo que se encuentra a las afueras de Cafarnaún. Allí nos hemos encontrado con Jesús y sus discípulos que están haciendo un rato de oración. Al terminar comentamos con ellos la curación del leproso del otro día. Tú les invitas a desayunar a tu casa donde tienes preparados unos pequeños

bollos recién sacados del horno. Nos dirigimos hacia allí.

Nada más entrar en Cafarnaún sale a nuestro encuentro el centurión Marco. Está perfectamente uniformado, se nota que ha estado de guardia durante toda la noche. Sobre la cabeza tiene el casco acabado con las crines rojas propias de su rango, lleva puesta la clámide oficial sobre sus hombros, calza las sandalias romanas y porta consigo el escudo con el águila imperial y con su mano izquierda agarra la lanza. Se lo presentamos a Jesús. Marco, que se ha quitado el casco, postrándose ante Jesús, le coge las manos entre las suyas y casi sollozando, dice:

- Señor, mi criado yace paralítico en casa, atormentado por fuertes dolores.

- No te preocupes Marco, iré y lo curaré, responde inmediatamente Jesús que se detiene ante cualquier necesidad de sus amigos.

- Jesús, como sabes, soy pagano aunque estoy estudiando vuestra religión y, si tú entras en mi casa, quedarás contaminado pues no les está permitido a los judíos entrar en casas de extranjeros. Yo no soy digno de que entres en mi casa; pero di una sola palabra y mi criado quedará curado. Pues también yo, que soy un hombre sujeto al mando, con soldados a mis órdenes, digo a éste: “Ve”, y va; y al otro: “Ven”, y viene; y a mi criado: “Haz esto”, y lo hace.

Nos asombra ver la humildad de este hombre. Es de las personas con más poder en la comarca, manda a una centuria del ejército más poderoso hasta ahora conocido. Todo el mundo le respeta y, a veces, hasta le teme por los informes que pueda mandar al Procurador; y sin embargo ante Jesús se considera una persona sin derechos, un pobre hombre necesitado de ayuda. Conoce sus limitaciones, se da perfecta cuenta de que debe acudir a Aquél que puede

solucionar todos sus problemas.

Jesús le ha mirado con afecto, se ha quedado maravillado de él, y volviéndose a nosotros nos dice:

- Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande. Os aseguro que muchos del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, pero los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinar de dientes.

Y dirigiéndose a Marco, le dice:

- Anda, que te suceda como has creído.

Hemos oído las palabras ansiadas. La curación del criado de Marco se ha realizado, seguro. Este se ha puesto de pie, abraza a Jesús y le agradece su intervención. Cuando se ha despedido de nosotros y empieza a caminar hacia su casa, vemos que avanza hacia nosotros un grupo de gente compuesto por soldados y un hombre que viste más humildemente –debe ser el criado enfermo-. Marco, tirando el escudo y la lanza, corre hacia ellos con los brazos abiertos, el criado hace lo posible por adelantarse y cuando hace ademán de arrodillarse delante de su amo, este se lo impide cogiéndole de los codos. Los dos se funden en un prolongado abrazo, el corazón de Marco estalla y no puede contener las lágrimas al comprobar la curación de su criado amado. Los dos se dirigen de nuevo a Jesús, no hay palabras, la mirada es de por sí suficiente.

Nosotros contemplamos la escena junto a los demás apóstoles y a la muchedumbre que se ha dado cita al oír la llegada del Maestro. Juan nos coge

aparte y nos comenta:

- Este es el gran valor de la humildad. Una virtud que roba el corazón de Jesús. Me imagino que habréis leído en la Escritura que Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Hoy se ha vuelto a cumplir la Escritura. La humildad de este centurión ha hecho posible la curación del criado.

Ante los dones que hemos recibido del Señor, que desde la eternidad pensó en cada uno de nosotros y nos creó con unas cualidades determinadas, nuestra actitud ha de ser de agradecimiento: todo lo que tenemos a Él le pertenece; nosotros hemos hecho pocos méritos para recibir la inteligencia, la memoria, las condiciones físicas, la familia, la gracia y todo lo que “nos pertenece”. Por eso hemos de dar gracias constantemente.

Sin embargo ante nuestras limitaciones y errores, lo propio de toda criatura es pedir perdón, sin desanimarse y perder la paz, y seguir luchando confiando en la ayuda de Dios. Por eso es lógico que los hombres tengamos la necesidad de acudir con frecuencia al dador de todas las gracias para alcanzar su misericordia y su perdón. Este ha sido el ejemplo que nos ha dejado hoy el centurión Marco.

La teoría sobre esta virtud ya la hemos aprendido, ahora nos toca llevarla a la práctica. Procura agradecer a Dios todo lo que has recibido; pedir perdón por lo que le ofende y entristece; acudir a Jesús para pedirle lo que necesitas con la seguridad de que te lo concederá, si te conviene. Una persona humilde, ante los demás se muestra servidor, comprensivo y alegre.

Puntos de meditación.

- Eres polvo sucio y caído. –Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brille como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición.

Un instante de soberbia te volvería al suelo, y dejarías de ser luz para ser lodo. (Camino 599)

- Por soberbia. –Ya te ibas creyendo capaz de todo, tú solo. –Te dejó un instante, y fuiste de cabeza. –Sé humilde y su apoyo extraordinario no te faltará. (Camino 611).

- Déjame que te recuerde, entre otras, algunas señales evidentes de falta de humildad:

Pensar que lo que haces o dices está mejor hecho o dicho que lo de los demás.

Querer salirte siempre con la tuya.

Disputar sin razón o –cuando la tienes- insistir con tozudez y de mala manera.

(...) No mirar todos tus dones y cualidades como prestados.

(...) Citarte a ti mismo como ejemplo en las conversaciones.

Hablar mal de ti mismo, para que formen un buen juicio de ti o te contradigan.

Excusarte cuando se te reprende.

Encubrir al Director algunas faltas humillantes, para que no pierda el concepto que de ti tiene.

Oír con complacencia que te alaben, o alegrarte de que hayan hablado bien de ti.

(...) Negarte a desempeñar oficios inferiores.

(...) Avergonzarte porque careces de ciertos bienes. (Surco 263)

- Por la senda de la humildad se va a todas partes..., fundamentalmente al cielo. (Surco 282)

- Cuando el Señor se sirve de ti para derramar su gracia en las almas, recuerda que tú no eres más que el envoltorio del regalo: un papel que se rompe y se tira. (Surco 288)

10. CHAVAL EN LA MULTIPLICACIÓN: GENEROSIDAD CON JESÚS

Estamos en la segunda primavera de la vida pública del Señor. Acompañamos a David, un chico joven, vecino de Caná, que tiene a su cargo el rebaño de ovejas de su familia. Su madre le ha preparado el almuerzo para soportar el trabajo de todo el día: unos cuantos panecillos junto a algunos peces ya salados. (Cfr. Jn 6,1-15)

-¿Donde vas David?

-Voy a recoger el rebaño de ovejas que tiene mi padre cerca de las colinas que bordean el lago. Allí hay frescas praderas donde el ganado encuentra pastos abundantes para comer.

-¿Te podemos acompañar? Así nos divertimos un poco juntos, jugando con la honda y contándonos las últimas travesuras con los chavales de la sinagoga.

Después de pasar juntos toda la mañana, caminando hacia nuestro destino, a la hora de la comida, al coronar una de esas colinas, nos encontramos una gran muchedumbre contemplando admirada a Jesús. Hay gente de todas las edades y condiciones: niños, mujeres, ancianos, familias enteras. Comentan entre sí las últimas palabras del Maestro. Vemos cómo los apóstoles del Señor los están acomodando en grupos, más o menos homogéneos. El colorido de la escena es simpático. Nos acercamos.

Cuando estamos a pocos metros, se nos presenta un hombre con su buena barba, que señalándonos a los zurrones, nos dice:

-Me llamo Andrés, soy de los discípulos de Jesús, y estoy buscando algo de comer ¿Tendríais algo para darme?

-No se lo que me habrá preparado mi madre. Siempre mete algunos pececillos y un poco de pan- contesta David.

-¿Me lo puedes dar? Jesús nos ha pedido algo de comer para alimentar a esta gente hambrienta, y a nosotros no se nos ocurrió comprar nada esta mañana. ¡Quién iba a pensar que se concentraría esta multitud hoy! El Maestro comenzó a hablar y como la gente estaba encantada con Él, no terminó de marcharse. Como se hacía tarde para que volvieran a sus casas, al verlas hambrientas, Jesús ha tenido compasión de ellas, y no ha querido despedirlas de vacío en este descampado.

- ¡Pero estás tonto! Cómo vamos a dar de comer a estos cinco mil hombres, que son los que aquí habrá, con unos cuantos peces. ¿No me estarás engañando con esta historia? ¡Te los doy, y me quedo sin comer, vaya gracia!

- No te pongas así, si no me los quieres dar a mí, ¿por qué no me acompañas, y se los das directamente a Jesús? Comprobarás que es verdad lo que digo, concluyó Andrés.

Seguimos al Apóstol. Vamos dejando atrás a los grupos de personas que están recostados en la hierba verde. Cuando llegamos a la altura de los que están más cerca de Cristo, se nota una gran diferencia entre los apóstoles que están nerviosos e inquietos, y el Señor que trasmite paz y serenidad. Andrés llama la atención de Jesús, que se vuelve hacia nosotros y nos indica que nos acerquemos.

-Maestro, este chico, que se llama David, tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es esto para tantos?

-Andrés, ¿todavía dudas del poder de Dios?

Y dirigiéndose a David, le dice:

-¿Te importaría darme lo poco que tienes, para hacer un pequeño favor a esta gente? Entiendo que te cueste darme lo que es tuyo, pero si confías en mí te lo daré multiplicado por cien. Dios, con las pocas cosas que ha dado a los hombres, si estos son generosos y las ponen en las manos del Todopoderoso, obra grandes portentos.

-¡Cómo te voy a negar nada, Señor! Toma, aquí tienes la comida que me ha preparado mi madre. Espero que te luzcas.

David mete su mano en el zurrón y saca, sin dudarlo dos veces, todo lo que tiene. Se lo da a Jesús. El Señor toma los panes y, después de dar gracias, los empieza a distribuir entre los apóstoles. De su mano van surgiendo uno, dos, tres..., cientos de panes; e igualmente hace con los peces. Todos contemplamos el milagro, los apóstoles estallan de alegría. Tú y yo ayudamos a repartir la comida entre los asistentes, vamos corriendo de aquí para allá. La gente come hasta saciarse. Cuando hemos terminado de dar de comer a la muchedumbre, volvemos hasta Jesús. Hoy comeremos juntos de lo nuestro y de lo suyo; o mejor de lo que era nuestro, y ahora pertenece a Jesús porque se lo hemos dado con generosidad. Durante la tertulia el Señor nos dice:

-Que alegría me da encontrar gente generosa como vosotros. Esta virtud es propia de las almas que quieren hacer algo grande en la tierra, y lo ponen todo en las manos de Dios. El Señor reparte a sus criaturas muchos dones y virtudes, todo lo que uno tiene lo ha recibido de Dios: la

vida, la inteligencia, la familia, los aspectos físicos, los bienes materiales, etc. Con todas estas cosas el hombre puede hacer mucho, pero siempre el resultado tendrá un valor humano. Sin embargo, cuando esos bienes -que pertenecen a cada uno- se ponen al servicio de Dios con libertad y generosidad, el fruto tiene un valor divino, y se multiplica por cien o por mil, dependiendo de la confianza con que se entregue. Os aconsejo que en vuestras vidas no regateéis nada al Señor, daos sin egoísmos y cicaterías, así tendréis una gran recompensa en el cielo, y también en la tierra. Sobre todo os veréis llenos de una gran felicidad, acompañada de la paz y de la alegría ¡Vale la pena!

Hemos recibido otra buena enseñanza del Maestro. Nos ha pedido que ayudemos a los discípulos a recoger lo que ha sobrado. Vamos llenando las cestas con los trozos de pan, que repartiremos después entre los pobres de la ciudad. Cae la tarde, nos despedimos de Jesús y de los demás. Volvemos a Caná con el rebaño de ovejas de David. Vamos comentando por el camino el día tan intenso que hemos vivido.

-David, ¡menos mal que has sido capaz de darle tu comida al Señor! El milagro que ha realizado con tus panes y tus peces será recordado siempre por los hombres.

-¡Cómo le iba a negar nada! No os habéis fijado con que sonrisa me los pedía. ¡Qué tontos somos los hombres cuando le negamos cosas a Jesús!

El propósito de este rato de oración es evidente. No ser egoístas con nuestras cosas: tiempo, dinero, talentos... hasta la propia vida. ¿Qué te pide el Señor en estos momentos?

Dáselo, el Señor es buen pagador, y mucho más generoso que nosotros.

Puntos de meditación

-No caigas en un círculo vicioso: tú piensas: cuando se arregle esto así o del otro modo seré muy generoso con mi Dios.

¿Acaso Jesús no estará esperando que seas generoso sin reservas para arreglar Él las cosas mejor de lo que imaginas?

Propósito firme, lógica consecuencia: en cada instante de cada día trataré de cumplir con generosidad la Voluntad de Dios. (Camino 776)

-Hay que pedirte más: porque puedes dar más, y debes dar más. Piénsalo. (Surco 13)

-Quizá a ti también te aproveche aquella industria sobrenatural -delicadeza de voluntario amor- que se repetía un alma muy de Dios, ante las distintas exigencias: “ya es hora de que te decidas, de verdad, a hacer algo que merezca la pena”. (Surco 775)

-Hay que saber entregarse, arder delante de Dios como esa luz, que se pone sobre el candelero, para iluminar a los hombres que andan en tinieblas; como esas lamparillas que se queman junto al altar, y se consumen alumbrando hasta gastarse. (Forja 44)

-Te pide Jesús oración... Lo ves claro.

Sin embargo, ¡qué falta de correspondencia! Te cuesta mucho todo: eres como el niño que tiene pereza para aprender a andar. Pero en tu caso, no es sólo

pereza. Es también miedo, falta de generosidad. (Forja 291)

11. SAN PEDRO: AMOR AL PAPA

Nos detendremos hoy en una de las escenas más importantes de la vida de Cristo: la elección de S. Pedro, como fundamento de lo que va a ser más tarde la Iglesia. Jesús encargará a este apóstol la misión de guiar a su Iglesia (Cfr. Mt 16, 13-20).

Llevamos ya unos meses con Jesús. Hemos visto hacer milagros: curar leprosos, devolver la vista a los ciegos y sanar a los paralíticos; hemos oído la enseñanza del Maestro a las gentes, y la atención que ha puesto en la formación de sus discípulos. Estamos en plena primavera mediterránea, disfrutamos de un tiempo benigno, y los paseos que hacemos con el Señor nos resultan agradables. El campo empieza a desarrollar todo el colorido escondido en los meses de invierno. Nos acercamos a la región de Cesarea de Filipo. Jesús detiene su paso a la sombra de un árbol, nos manda llamar, nos sentamos alrededor del Maestro.

-¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?, nos pregunta.

-Juan el Bautista, responde Andrés.

-Elías, dice con rapidez Santiago el menor.

-Jeremías o uno de los profetas, responden con espontaneidad los demás.

Jesús se nos queda mirando, va fijando los ojos sobre cada uno de nosotros, y nos hace una pregunta inesperada:

-Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Vaya pregunta, pensamos tú y yo. Ha llegado el momento de la verdad. El Señor quiere comprobar si nos estamos enterando con quien vivimos, con quien tenemos la suerte de pasar tanto tiempo juntos. Parece mentira que nos acostumbremos a vivir tan cerca del Dios hecho hombre; es tan fácil tratarle y hablarle que se nos olvida que estamos conviviendo con el Redentor del mundo.

Nos miramos unos a otros, no nos atrevemos a decir nada: ¡Y si meto la pata! Cuando Jesús pone su atención en mí, bajo los ojos mirando al suelo y juego con las piedras del campo. Hay un momento intenso de silencio. Después de unos minutos, se oye la voz potente y segura de Simón; le miramos, se ha levantado de su sitio y se ha puesto de frente a Jesús, y le dice:

-Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Jesús se ha levantado de un brinco, le coge de los hombros, le abraza y le sonrío. Ha entendido que su formación va por buen camino. Aunque conoce nuestras miserias, también sabe que el Espíritu Santo empieza a trabajar en nuestras almas.

Estamos presenciando un momento histórico en la vida de los hombres; se oye la voz de Cristo:

-Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

El Señor ha nombrado al que será su sucesor cuando Él nos deje para

sentarse a la derecha de Dios Padre. Nos ha quedado claro a todos los presentes la elección que ha hecho Jesús: le ha encomendado a Simón una misión especial y, como hizo Dios en el Antiguo Testamento con los Santos Patriarcas, le ha cambiado el nombre para certificar la singularidad de su posición al frente de los Apóstoles.

Hemos emprendido el camino. Ahora Jesús se nos acerca a nosotros y nos habla en confianza:

-Seguramente no os habréis dado cuenta de lo que ha sucedido esta tarde, atendedme unos minutos que os voy a explicar lo que significa la elección de Pedro.

Llegará un día en el que los fariseos y sacerdotes de Jerusalén me apresen, me juzguen y condenen a muerte; he de sufrir ultrajes, bofetadas, latigazos y moriré en la Cruz. A los tres días resucitaré. Después de ese momento, en la tierra habrá siempre un representante mío: el Papa. Cuando le veáis, aunque tenga las limitaciones propias de un hombre, tendréis que verme a mí, cuando le oigáis, tendréis que oírme a mí. Las palabras que él diga serán las que yo quiero que diga, y si queréis ser buenos discípulos míos, tendréis que hacerle mucho caso.

La carga que llevará sobre sus hombros es muy pesada, pues la cruz que tendrá que soportar está compuesta por las miserias de todos los miembros de la Iglesia. Por lo tanto, a vosotros toca ayudarle a cargar con esa cruz como buenos hijos que sois de la Santa Madre Iglesia. Habréis de rezar mucho por él, y ofrecer pequeños sacrificios por su persona: ¡No le dejéis solo!

Tendrá una gran responsabilidad pues será la luz que ilumine el caminar de los hombres, y hará de buen pastor de sus ovejas indicando el

sendero del cielo y el lugar de los buenos pastos. Por eso deberá luchar por ser muy santo y fiel a mi doctrina, que es la misma desde ahora hasta el final de los tiempos. No pongáis nunca en duda o en tela de juicio lo que diga; si parece exigente, acordaos de que es estrecha la puerta de entrada al Reino de los Cielos. A él se le ha dado la llave de esta puerta.

Ha pasado a nuestro lado Simón Pedro, se le ve concentrado en su nueva misión, tiene aire de grandeza humilde, a partir de ahora será el siervo de los siervos de Dios.

-Pedro, puedes contar con nosotros. Te prometemos fidelidad en los momentos fáciles y en los difíciles. Estaremos siempre unidos a ti y pondremos en práctica todas tus enseñanzas.

Sacamos el propósito de ofrecer cada día una oración y un pequeño sacrificio por la persona, salud e intenciones del Santo Padre. Procuraremos seguir sus indicaciones, y hacer que la gente que nos rodea conozca bien lo que el Papa quiere para todos los cristianos.

Puntos de meditación

-Cada día has de crecer en lealtad a la Iglesia, al Papa, a la Santa Sede... Con un amor siempre más ¡teológico!. (Surco 353)

-Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón. (Camino 573)

-Ama, venera, reza, mortifícate -cada día con más cariño- por el Romano

Pontífice, piedra basilar de la Iglesia, que prolonga entre todos los hombres, a lo largo de los siglos y hasta el final de los tiempos, aquella labor de santificación y gobierno que Jesús confió a Pedro. (Forja 134).

-Tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-Cristo en la tierra, para el Papa.

Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre. (Forja 135)

-La fidelidad al Romano Pontífice implica una obligación clara y determinada: la de conocer el pensamiento del Papa, manifestado en Encíclicas o en otros documentos, haciendo cuanto esté en nuestra parte para que todos los católicos atiendan al magisterio del Padre Santo, y acomodan a esas enseñanzas su actuación en la vida. (Forja 633)

12. EL JOVEN RICO: VOCACIÓN

Hoy nos tocará consolar un poco más a Jesús. Va a sufrir en su vida un duro revés. La respuesta negativa de un joven a ser discípulo suyo. En la vida del Señor también existen momentos difíciles y, como verdadero hombre, sufre la negativa de las personas (Cfr. Lc 18,18-23).

Llevamos ya varios días camino de Jerusalén. Hoy llegaremos a Jericó. El Señor tiene prisa por entrar en la Ciudad Santa, nos ha ido explicando que allí sufrirá mucho: ha hablado de insultos, engaños, traiciones y hasta de la crucifixión, que es el peor suplicio que puede existir en la tierra. Tú y yo, aunque la cercanía de Jesús nos da paz y seguridad, estamos un poco nerviosos.

Acaba de amanecer un nuevo día. Hemos hecho la oración con los Apóstoles como todas las mañanas; después de desayunar y, cuando nos disponemos a levantar el campamento, vemos llegar a lo lejos a un chico joven. Seguramente será vecino de Jericó. Por el aspecto que tiene debe ser de una familia con mucho dinero: viste una túnica blanca de seda fina, sobre los hombros lleva una especie de capa de terciopelo negro y las sandalias son de primerísima calidad.

Se dirige directamente a Jesús, pasando un poco de nosotros. Nos apartamos para que pueda hablar a solas con el Señor, pero llevados por la curiosidad ponemos la antena. Es una conversación que tiene pinta de ser muy interesante. Comienza hablando el joven:

-Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?

-¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios, contesta

Jesús. Ya sabes los mandamientos: No adulterarás, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.

El diálogo es parecido al que tuvimos tú y yo con Jesús el día que decidimos seguirle más de cerca y tomarnos en serio nuestra vocación cristiana. Es lógico, por eso, que estemos contentos al comprobar que sigue habiendo jóvenes que se acercan al Señor con esas inquietudes. Rezamos en nuestro interior por este chico; desde el principio nos ha caído bien. En la cara del chaval se dibuja la alegría de estar haciendo las cosas como Dios manda, y responde inmediatamente:

-Todo esto lo he guardado desde mi infancia. ¿Qué más puedo hacer?

-Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme, le contestó Jesús.

Se nota que el Maestro está rezando por él mientras le dirige estas palabras; le ha mirado con cariño y comprensión. Seguramente estará pensando en la labor inmensa que podrá realizar este joven en todo el mundo. Será un nuevo apóstol que engrose las filas de los seguidores de Jesús. Tú y yo observamos a los demás Apóstoles que están como diciéndole: venga muchacho di que sí, que merece la pena; ya te contaremos nuestras aventuras divinas.

El joven, que ya es nuestro amigo, se ha quedado muy pensativo después de las palabras de Jesús. Está tardando demasiado en contestar. Me comentas que ante la invitación del Señor no hay que darle muchas vueltas a la respuesta. Cuando uno piensa las cosas que tiene que dejar, sin considerar las que gana siguiendo al Señor, se suele equivocar en la respuesta.

Al cabo de unos minutos, el chaval se entristeció, dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Miramos a Jesús..., nunca le habíamos visto tan triste como hasta ahora, por sus mejillas corren unas lágrimas de impotencia ante la libertad del hombre, que puede decir que no a la invitación de Dios. Comienza a andar lentamente hacia el río Jordán. Nosotros corremos a consolarle.

-Jesús, no llores. Aunque mucha gente te diga que no, aquí estamos nosotros para devolverte la alegría con nuestra vida entregada. Daríamos mil vidas que tuviéramos por no alejarnos de ti. No pienses en el fracaso de tú llamada en el día de hoy, acuérdate del día en que te dijimos que sí; recobra esa sonrisa tuya de siempre.

-Mi Padre Dios había pensado en ese chaval desde toda la eternidad para hacer de él un personaje importante en la historia de la Iglesia. Su nombre pasaría a ser conocido por todas las generaciones, miles de almas se salvarían al conocer mi nombre por su apostolado. Ahora, seguramente será feliz en la vida pues es un buen chico, pero no tendrá la enorme felicidad ni el gozo que da el saberse instrumento de Dios para devolver la paz a los hombres.

¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas, y no saben desprenderse de ellas! Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios.

Al oír estas palabras de Jesús, Pedro tomó la palabra por todos nosotros y comenzó a decirle:

-Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

-Os lo aseguro: nadie que deje casa, hermanos o hermanas, madre o

padre, hijos o tierras por mí y por el Evangelio, dejará de recibir el ciento por uno ya en esta vida, en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna.

Estas últimas palabras de Jesús nos llenan de esperanza para seguir al Señor en los momentos difíciles. Además es una prueba más de la generosidad de Dios: nunca dejará de pagar con creces un pequeño acto de entrega de los hombres.

Hemos emprendido el camino hacia Jericó, no podemos dejar de pensar en el joven rico. ¿Qué será de él? ¿Recapacitará y se unirá a nosotros? ¿Volveremos a encontrarle algún día? A lo mejor, como Jesús le quiere tanto se vuelve a hacer el encontradizo, y le llama de nuevo... ¡Qué grande es el poder de Dios que puede crear todo de la nada, qué grande es su Amor que nos deja absolutamente libres para decidir sobre nuestra vida! ¡Ojalá sea también enorme nuestra capacidad de amar, para poner nuestro corazón entero a su disposición!

Le pediremos a la Santísima Virgen que interceda por nosotros ante Dios, y nos consiga la gracia de responder que sí al Señor. Ella es ejemplo para nosotros en esta prontitud ante la invitación de Dios. Preguntate si pones todos los medios para que Dios pueda contar contigo: constancia en la oración, cercanía con Jesús Sacramentado, etc. Un buen propósito será manifestar siempre nuestras dudas e inquietudes al director espiritual para que nos aconseje a la hora de discernir la vocación. Y nunca tengas miedo a Dios que es tu Padre y quiere para ti siempre lo mejor.

Puntos de meditación

-Por esto os digo a cada uno de vosotros: escuchad la llamada de Cristo,

cuando sintáis que os dice :”Sígueme”. Camina sobre mis pasos. ¡Ven a mi lado!
¡Permanece en mi amor! Te pide que optes por Él. ¡La opción por Cristo y su
modelo de vida; por su mandamiento de Amor! (Juan Pablo II, Boston 1-X-1979)

-Si ves claramente tu camino, síguelo. ¿Cómo no desechas la cobardía que
te detiene? (Camino 903)

-No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido
hacerte. Agradécesela. (Camino 913)

-Aquel conocido tuyo, muy inteligente, buen burgués, buena persona,
decía: “cumplir la ley, pero con tasa, sin pasarse de la raya, lo más escuetamente
posible”.

Y añadía: “¿pecar?, no; pero darse, tampoco”.

Causan verdadera pena esos hombres mezquinos, calculadores, incapaces
de sacrificarse, de entregarse por un ideal noble. (Surco 12)

-No tengas miedo, ni te asustes, ni te asombres, ni te dejes llevar por una
falsa prudencia.

La llamada a cumplir la Voluntad de Dios -también la vocación- es
repentina, como la de los Apóstoles: encontrar a Cristo y seguir su llamamiento...

Ninguno dudó: conocer a Cristo y seguirle fue todo uno. (Forja 6)

13. EL CIEGO BARTIMEO: LA SINCERIDAD

Vamos a dar una vuelta con Bartimeo, natural de Jericó. Es ciego de nacimiento, y dedica su tiempo, además de cuidar de su familia, a pedir limosna en las cercanías de esta ciudad de Judea (Cfr. Lc 18, 35-43).

-Buenos días, Bartimeo, ¿Qué vas a hacer esta mañana? ¿Podemos acompañarte?

-¡Desde luego que sí! Voy a ponerme a pedir limosna en la entrada del pueblo; estando cercana la Pascua, el camino que sale hacia Jerusalén será un buen sitio. Muchos viajeros pasarán por ahí, y seguro que tendrán misericordia de este pobre ciegucecito.

-¿Has oído hablar de Jesús de Nazaret? Es un profeta que dice cosas sorprendentes y hace muchos milagros: cura a los parálíticos, sana a los leprosos, y hasta resucita a los muertos.

-¡Cómo no voy a haber oído hablar de Él! ¡Ojalá me lo pudiese encontrar y decirle lo que me pasa! Estoy deseoso de poder contemplar el rostro de mi mujer y de mi hija.

-Pues me han dicho que va camino de Jerusalén con sus discípulos, y que se ha hospedado en casa de Zaqueo, el publicano recaudador de impuestos.

-¡Qué suerte tiene ese hombre, seguro que le hará un gran bien! A ver si tenemos suerte y pasa por aquí!

Después de acompañar a Bartimeo toda la mañana en el camino que lleva a Jerusalén, antes del almuerzo, aparece una gran multitud por la puerta que sale

de Jericó. Entre la gente sobresale la figura de Jesús, es alto, con barba bien cortada, y con una sonrisa en sus labios.

-Bartimeo, me parece que tienes suerte. ¡Ahí viene Jesús!; está acompañado por mucha gente, van delante algunos de sus apóstoles. Estoy viendo a Juan, Mateo y Bartolomé. El Señor está hablando con un hombre que debe ser importante en la ciudad: viste con buenas ropas, tiene elegancia en el andar, y una sonrisa de felicidad que le abarca toda su esbelta cara; debe ser Zaqueo.

Ahora se está despidiendo de él, ya viene. Bartimeo tendrás que gritar alto si quieres que te oiga, pues el jaleo que trae la comitiva es de aúpa.

-¡Qué nervioso estoy! Es la oportunidad de mi vida. ¿Me devolverá la vista? Por si acaso, me puedes describir su rostro.

-Tiene el pelo castaño-oscuro, un poco largo, que le cae sobre los hombros, pero muy limpio; los ojos grandes y profundos, que inspiran confianza y comprensión; la nariz, como todos los judíos, un tanto aguileña; pero lo que más llama la atención es su continua sonrisa. Ya está a 25 metros, empieza a llamarle.

-¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mi!, exclamó Bartimeo. ¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mi!, volvió a repetir con más fuerza.

-¡Te quieres callar, que no oímos bien lo que está diciendo el Maestro! ¡Ahora que empezaba a hablar de cosas desconcertantes!, comentan entre sí dos discípulos. Este no nos deja oír a Jesús.

Entre el murmullo de la gente se oye decir a Cristo:

-Mirad, subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del hijo del hombre. Pues será entregado a los gentiles, se burlarán de él, será insultado y escupido; y después de azotarle, lo matarán, y al tercer día resucitará.

-¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!, gritó Bartimeo.

Se para la procesión. Jesús habla con Pedro, de boca en boca se va transmitiendo el mensaje, hasta que llega a nosotros:

-¡Bartimeo, el Maestro te llama!

Salta Bartimeo de donde estaba sentado, deja a nuestro lado la lata de la limosna, el bastón, la capa, y se va abriendo paso entre la gente. Tú y yo le seguimos como podemos. Estamos los tres delante de Jesús, hay silencio.

-¿Qué quieres que te haga, Bartimeo?, dice Jesús.

-Señor, soy un pobre ciego de nacimiento, no he visto nunca el rostro ni de mi madre, ni de mi padre, ni de mi mujer, ni de mi hija. ¡Nunca he visto la luz, ni las estrellas! Soy un pobre desgraciado, que hoy tiene la suerte de hablar contigo, y si tu misericordia es grande, de poder contemplarte. ¡Señor, quiero ver!

-Bartimeo, te voy a conceder el favor que me pides por tu gran fe, que es la que te va a devolver la vista, pero también quiero decirte una cosa para que hables mucho de ella: la virtud de la sinceridad. Si tú no me hubieses dicho lo que te pasa, te hubiera podido curar, pero al decírmelo manifiestas tu necesidad, y creces en humildad. La sinceridad es una virtud capital en la vida cristiana; consiste en decir, como tú has hecho,

toda la verdad. Presentarnos ante Dios, y ante quien tiene la misión, confiada por mi, para ayudar a los hombres, tal y como somos; exponiendo nuestras limitaciones, enfermedades del alma y del cuerpo, preocupaciones y, también, alegrías, para que nos puedan conocer y aconsejar. Procurando vencer la vergüenza de poner el alma al descubierto. ¡Si uno habla, todo tiene arreglo! Pues la gracia de Dios es capaz de limpiar cualquier herida causada en nuestra alma por el pecado. ¡Pero el que calla, morirá con su secreto! Un secreto que guarda con el padre de la mentira. ¡Infeliz de ese hombre!

-Gracias, Jesús, ¡Qué hermoso es todo lo que veo! Puedo darte un buen abrazo.

La comitiva reanuda la marcha, tú y yo seguimos a Bartimeo, que no cabe de gozo, glorificando el poder de Jesús, y alabando la infinita misericordia de Dios con los hombres.

-Gracias, Bartimeo, por el ejemplo de fe y de sinceridad que nos has dado. Desde hoy hablaré siempre con más sinceridad.

Sacaremos hoy el propósito de hablar siempre de las cosas que oscurecen nuestra conciencia. Si hay alguna cosa que me cueste decir, me levantaré ahora mismo y, después de contársela al Señor, se la diré a mi amigo sacerdote.

Puntos de meditación

-No ocultes a tu director esas insinuaciones del enemigo. -Tu victoria, al hacer la confidencia, te da más gracia de Dios. -Y además tienes ahora, para

seguir venciendo, el don de consejo y las oraciones de tu padre espiritual. (Camino 64)

-Ten sinceridad “salvaje” en el examen de conciencia; es decir, valentía: la misma con la que te miras en el espejo, para saber dónde te has herido o dónde te has manchado, o dónde están tus defectos, que has de eliminar. (Surco 148)

-Quien oculta a su Director una tentación, tiene un secreto a medias con el demonio. -Se ha hecho amigo del enemigo. (Surco 323)

-Me has pedido una sugerencia para vencer en tus batallas diarias, y te he contestado: al abrir tu alma, cuenta en primer lugar lo que no querías que se supiera. Así el diablo resulta siempre vencido.

¡Abre tu alma con claridad y sencillez, de par en par, para que entre -hasta el último rincón- el sol del Amor de Dios! (Forja 126)

-La sinceridad es indispensable para adelantar en la unión con Dios.

Si dentro de ti, hijo mío, hay un “sapo”, ¡suéltalo! Di primero, como te aconsejo siempre, lo que no querías que se supiera. Una vez que se ha soltado el “sapo” en la Confesión, ¡qué bien se está! (Forja 193)

14. LA ORACIÓN DE JESÚS

La clave de la vida cristiana está en la intensidad de nuestro trato con Dios. Para llegar a esa intimidad es necesario seguir un camino. La senda nos la marca Jesús con su vida y sus enseñanzas. Entre tantos valores resaltados por el Maestro está la oración. Hoy nos detendremos en la propia oración de nuestro mejor Amigo. Vamos a procurar aprender de Él. (Cfr. Lc 22, 40-46)

La noche es fría y estrellada. En el cielo brilla la luna llena con todo su esplendor. Nos dirigimos con paso rápido hacia un lugar conocido por todos: el huerto de Getsemaní. Los olivos centenarios dejan su sombra sobre la ladera del monte, al otro lado del torrente Cedrón. Jesús encabeza la comitiva, va meditabundo y en silencio. Los demás le seguimos a pocos pasos, también vamos en silencio, rumiando todas las palabras que nos ha dicho durante el banquete pascual. Ha sido una cena singular; Jesús nos ha abierto su corazón, su discurso ha tenido aire de despedida, como anunciando algo inminente y sombrío. ¿Qué pasará esta noche?, nos preguntamos.

Hemos llegado a la entrada de la pequeña finca que tiene la familia de Marcos, el hijo de María, en cuya casa hemos celebrado la Pascua. Se dirige a Simón, Santiago y Juan para que la acompañen en su oración; los demás se quedan en la verja de madera. Nosotros acompañamos a los apóstoles predilectos. Se oye la voz de Jesús:

-Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo.

El rostro del Señor está desfigurado por la tristeza, nunca le hemos visto

así, casi siempre le hemos contemplado con una sonrisa en los labios. Ahora no. Jesús lo debe estar pasando fatal, pesan sobre Él todos los pecados de los hombres: traiciones, deslealtades, mentiras, blasfemias, injusticias, etc. Antes de proseguir su camino hacia la penumbra del huerto, nos dice:

-Orad para que no caigáis en la tentación.

Se ha apartado de nosotros como un tiro de piedra, le vemos de rodillas rezando, tímidamente se oyen sus palabras: “Padre, si quieres aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Comprobamos lo que siempre nos ha inculcado: el valor de la oración.

Juan, al vernos tristes, se acerca a nosotros y nos empieza a contar su experiencia junto al Señor.

-Una de las cosas más claras, y que se me han quedado grabadas de la vida de Jesús ha sido su insistencia en que tengamos una vida de oración. ¡Cuántas veces nos ha hablado sobre la oración! Muchas noches, mientras nosotros terminábamos de recoger los aparejos de pesca, El se apartaba de nosotros y comentaba con su Padre todos los acontecimientos de ese día. Le he oído dar gracias a Dios por muchas cosas, pedirle perdón por las faltas de los hombres que tanto le ofenden, rezar por nosotros y por las personas que iba a encontrar a lo largo del día. Nos enseñó un día a dirigirnos a Dios Padre con las palabras que ya conocéis del Padrenuestro; y de palabra nos ha insistido en que es necesaria la oración para no desfallecer en la lucha, y para conseguir todo del Señor.

En otra ocasión María, su Madre, nos contó que a los doce años, cuando subieron a Jerusalén para cumplir el deber de la ley judaica, se

quedo en el templo escuchando a los Maestros de Israel y adorando a Dios. También nos contó Juan Bautista que antes de empezar su predicación por estas tierras, Jesús se pasó 40 días rezando y ayunando por la eficacia de su labor redentora.

Pero la oración no es sólo contar nosotros nuestras cosas. La oración es diálogo entre dos; por lo tanto, es necesario también escuchar a Dios, Él quiere decirnos muchas cosas.

-¿Cómo podemos escucharle?, le preguntamos.

-Evidentemente no nos va a hablar con palabras humanas y en voz alta como lo estoy haciendo yo ahora. El Señor habla de diversas maneras, todas bastante claras, pero hay que tener los sentidos despiertos para evitar las distracciones. En primer lugar nos habla en la conciencia: Nuestro Padre Dios ha dejado impresa su imagen en nuestra naturaleza, y según actuemos de acuerdo a esa imagen, la conciencia va aprobando o reprobando nuestro actuar. Además, cuando el hombre se halla en estado de gracia, el Espíritu Santo habita en él, y le va insinuando -muy bajito, para no violentar su libertad- lo que se debe hacer o evitar en cada momento.

También Dios nos habla a través del Verbo, la segunda Persona de la Trinidad, que se hace Hombre, y que ahí lo tenéis: Jesús. El nos ha dicho muchas cosas y estoy pensando ponerlas por escrito para que la gente que nazca después de nosotros pueda saber lo que nos dijo. Pero sobre todo nos está hablando con su ejemplo: Miradle, sé lo que está pasando esta noche, le cuesta cargar con esta cruz, pero se está identificando con la Voluntad de Dios Padre, que es lo que realmente vale la pena en este mundo. Pues así como nos da ejemplo en su vida de oración, lo hace con todas las demás virtudes que tenemos que vivir. Por

eso en definitiva, la oración no es simplemente pensar -caemos así en el monólogo interior o introspección-, sino contemplar, que es mirar a Dios como en un espejo, y verlo reflejado en nuestra conducta.

Juan sigue contándonos cosas del Señor. El Maestro sigue de rodillas rezando ¡Cómo nos gustaría estar a su lado, y quitarle un poco de su pena con nuestra compañía! Tenemos sueño, y nos quedamos dormidos. A media noche, alguien nos despierta, es Jesús:

-¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no caigáis en la tentación.

El semblante de Jesús después de su oración es otro, el que estamos acostumbrados a ver: sonrío; ese aspecto tan característico suyo nos devuelve la paz. ¡Cuánto se consigue con la oración sincera y generosa!

Terminamos este rato de conversación con Dios concretando un propósito definitivo para nuestra vida: no dejar ¡nunca! nuestro diálogo con el Señor, ni cuando estemos cansados, o no nos apetezca o tengamos cosas importantes que hacer. Un último consejo: no dejes tu oración para última hora del día.

Puntos de meditación

-Buscas la compañía de amigos que con su conversación y su afecto, con su trato, te hacen más llevadero el destierro de este mundo..., aunque los amigos a veces traicionan. -No me parece mal.

Pero ... ¿cómo no frecuentas cada día con mayor intensidad la compañía, la conversación con el Gran Amigo, que nunca traiciona? (Camino 88)

-Me has escrito: “orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué? -¿De qué? De El, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas! y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio.

En dos palabras: conocerle y conocerte: ¡tratarse! (Camino 91)

-Me has escrito, y te entiendo: “Hago todos los días mi ratito de oración: ¡si no fuera por eso!” (Camino 106)

-Meditación. -Tiempo fijo y a hora fija. -Si no, se adaptará a la comodidad nuestra: esto es falta de mortificación. Y la oración sin mortificación es poco eficaz. (Surco 446)

-¿No?... ¿Porque no has tenido tiempo?... -Tienes tiempo. Además, ¿qué obras serán las tuyas, si no las has meditado en la presencia del Señor, para ordenarlas? Sin esa conversación con Dios ¿cómo acabarás con perfección la labor de la jornada?... -Mira, es como si alegaras que te falta tiempo para estudiar, porque estás muy ocupado en explicar unas lecciones... Sin estudio, no se puede dar una buena clase.

La oración va antes que todo. Si lo entiendes así y no lo pones en práctica, no me digas que te falta tiempo: ¡sencillamente, no quieres hacerla! (Surco 448)

15. SIMÓN DE CIRENE: LA ALEGRÍA DE LA CRUZ.

Hoy nos encontramos en casa de Simón de Cirene, está casado y tiene dos hijos: Alejandro y Rufo. Vamos a contemplar como vivió Alejandro el día del encuentro de Simón con Jesús en el Calvario. (Cfr. Lc 23, 26)

-Papá, ¿qué hora es?

-Son las cinco de la madrugada. Hoy nos tenemos que levantar pronto pues a mediodía debemos estar en casa para preparar la cena de Pascua; además hay mucho trabajo en el campo. Vístete, Alejandro, que nos vamos.

-Papá, ¿has oído ruido de soldados esta noche?

-Sí, ha sido un poco extraño. La verdad es que cuando llega la Pascua, en Jerusalén siempre están alerta los soldados del Emperador para vigilar las posibles sublevaciones de los Celotes.

Después de un día de intenso trabajo vuelven Simón y Alejandro de sus posesiones a pocos kilómetros de Jerusalén.

-¿Has visto esa cantidad de gente en la falda del monte? Parece que están ajusticiando a algún malhechor como cada mes, pero hoy es extraordinario, pues normalmente acompañan al reo algún soldado, algunos curiosos y los familiares de la víctima. Esta mañana parece que está congregada toda la ciudad de Jerusalén. Debe ser una persona importante.

-Sí, Alejandro, ya te decía que las vísperas de la Pascua son siempre

movidas; además ha debido ser un juicio muy rápido pues no se ha avisado nada.

Quando ya están cerca de la multitud, un soldado de la cohorte se fija en Simón, se le acerca, y sin previo anuncio le coge del brazo.

-Vamos, hombre, que nos vas a ser muy útil en el día de hoy; el reo está agonizando y no puede con su Cruz. Le vas a ayudar a llevarla hasta el patíbulo.

-Pero ¿qué dices? Yo no tengo nada que ver con esto. Además me van a tomar como un bandido, y me van a insultar y a empujar. ¡No quiero cargar con esa cruz!

- O por las buenas, o por las malas, pero nos ayudas.

Después de un pequeño forcejeo Simón se ve metido en la comitiva. Puede observar lo que sucede. En primer lugar ve una persona de unos treinta años, está destrozada, tiene la cara ensangrentada, la cabeza rodeada de una corona de espinas que se le clava con dificultad, todo el cuerpo magullado y con grandes heridas. Va en silencio y llorando, apenas puede mantenerse en pie. Detrás otros dos ajusticiados que se resisten a morir y van gritando contra la autoridad romana. A ambos lados de la procesión una multitud de gente: unos gritando enfurecidos contra Jesús, otros impávidos y atónitos; unos pocos lloran.

-Alejandro, vete a casa y dile a tu madre lo que ha pasado, y que cuando pueda volveré.

En casa de Simón le esperan impacientes. Al cabo de varias horas llega con

la cara descompuesta por el cansancio, pero con una sonrisa en los labios.

-¡Sentaos, que os cuento! Ha sido realmente asombroso. Al principio me resistí a coger el leño, pero los soldados me daban empujones o latigazos, y me vi obligado a cargarlo. Cogí el palo largo de la cruz y ante mi asombro comprobé que Jesús (así se llamaba el “reo”, aunque después descubrí que era inocente) no me dejaba llevar el peso, y lo intentaba cargar él. En un momento se cayó, le ayudé a levantarse y me dijo: “Gracias, Simón”. ¿Cómo podía saber mi nombre? Cuando hablaba, tenía una sonrisa de oreja a oreja; estaba llorando, pero sin perder la alegría.

Le oí decir cosas asombrosas a la gente que se le acercaba: una mujer que le limpió el rostro desfigurado, otras que lloraban a su paso, y ya en la cima, a los soldados que le crucificaron, y hasta a uno de los ladrones que estaban sufriendo con Él la misma suerte. Cuando ya no podía más, se volvió a caer —era la tercera vez—, y no pudo levantarse. Los soldados lo arrastraron hasta la cumbre.

Entonces yo tomé la Cruz. Al principio me pareció muy pesada, pero cuando miraba a Jesús se me hacía más ligera, y la podía soportar sin mucho esfuerzo. Y no digamos nada cuando una mujer, guapísima, que pasó a mi lado me dijo: “Gracias Simón”. ¿Quién era esa mujer que también conocía mi nombre, y que lo nombraba con más cariño que vuestra abuela? Me dijeron que se llama María, y que era la Madre de Jesús.

Después me encontré con un tal Juan, un chaval joven y fuerte que tenía las mismas características que Jesús: estaba llorando pero sin perder la paz. Me explicó el sentido de la cruz: “Mira -me dijo- la cruz para un seguidor de Jesús es una manifestación de Amor. La mortificación y el

sacrificio son una manera de corresponder al Amor de Dios por nosotros; es agradecer al Señor lo que ha hecho por nosotros, si aceptamos el sacrificio con amor, pues amor con amor se paga, y la certeza del cariño la da el sacrificio. Entonces estamos seguros de devolver amor por Amor ⁵.

Me he dado cuenta, concluyó Simón, de que me puedo unir a la cruz de Cristo cuando nos sucede algo que no esperamos o que nos cuesta vivir: levantarnos a la primera por la mañana, no gruñir cuando no nos apetece trabajar, procurar ayudar a vuestra madre en las cosas de la casa, no estar todo el día haciendo lo que nos gusta y nos apetece descuidando nuestras obligaciones, siendo puntuales a las citas, teniendo ordenada la habitación o cumplir un compromiso aunque nos cueste.

Además, he quedado con Juan un día para que me explique más cosas acerca de la Cruz, y me ha dicho que os presente a vosotros, ¡tiene muchas ganas de conoceros!

Reflexiona y comprueba si en tu vida cristiana existe la cruz, el sacrificio. Propónte unas pocas mortificaciones que te llevan a imitar la vida de Jesús, fortalecer tu voluntad y aceptar con amor los alfilerazos de cada día. ¡Serás un verdadero hombre de Dios!

Puntos de meditación

-¡Sacrificio, sacrificio! -Es verdad que seguir a Jesucristo -lo ha dicho Él- es llevar la Cruz. Pero no me gusta oír a las almas que aman al Señor hablar tanto de cruces y de renunciaciones: porque, cuando hay Amor, el sacrificio es gustoso -aunque cueste- y la cruz es la Santa Cruz.

El alma que sabe amar y entregarse así, se colma de alegría y de paz.

⁵Cfr. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Via Crucis*, estación V, 1.

Entonces, ¿por qué insistir en “sacrificio”, como buscando consuelo, si la Cruz de Cristo -que es tu vida- te hace feliz? (Surco 249)

-Amo tanto a Cristo en la Cruz, que cada crucifijo es como un reproche cariñoso de mi Dios: ... Yo sufriendo, y tú... cobarde. Yo amándote, y tú olvidándome. Yo pidiéndote, y tú... negándome. Yo, aquí, con gesto de Sacerdote Eterno, padeciendo todo lo que cabe por amor tuyo... y tú te quejas ante la menor incompreensión, ante la humillación más pequeña... (Via Crucis, Est XI, 2)

-¿Quieres saber cómo agradecer al Señor lo que ha hecho por nosotros?... ¡Con amor! No hay otro camino.

Amor con amor se paga . Pero la certeza del cariño la da el sacrificio. De modo que ¡ánimo!: niégate y toma su Cruz. Entonces estarás seguro de devolverle amor por Amor. (Via Crucis, Est V, 1)

-Entiendo que, por Amor, desees padecer con Cristo: poner tus espaldas entre El y los sayones, que le azotan: tu cabeza, y no la suya, para las espinas; y tus pies y tus manos, para los clavos; ...o, al menos, acompañar a nuestra Madre Santa María, en el Calvario, y acusarte de deicida por tus pecados..., y sufrir y amar. (Forja 758)

-Por ver feliz a la persona que ama, un corazón noble no vacila ante el sacrificio. Por aliviar un rostro doliente, un alma grande vence la repugnancia y se da sin remilgos. Y Dios ¿merece menos que un trozo de carne, que un puñado de barro?

Aprende a mortificar tus caprichos. Acepta la contrariedad sin exagerarla, sin aspavientos, sin ...histerismos. Y harás más ligera la Cruz de Jesús. (Via

Crucis, Est V, 3)

16. LA VERONICA: SANTA PUREZA

Contemplamos hoy una de las escenas más maravillosas de la vida de Jesús: el encuentro entre el Señor y una mujer que, sin miedo a nada ni a nadie, se abre paso entre la muchedumbre para ayudar al Maestro en sus últimos pasos por la tierra: se llama Verónica.

Han condenado a muerte a nuestro Amigo; al oír la sentencia se nos ha encogido el corazón y nos han saltado las lágrimas: Jesús morirá en la cruz por nuestros pecados. Han introducido al Señor dentro de la fortaleza romana, la multitud enmudece y sonrío por su “victoria”. Al poco tiempo se oyen los latigazos que desgarran el cuerpo de Jesús, tú y yo no podemos hacer nada, nos miramos temblorosos, ¿cómo pueden tratarle así? Su vida ha sido un constante hacer el bien, y los hombres le tratan como a un malhechor. Los verdugos han saciado su ira, hemos podido contar más de 40 golpes. Pensamos en los sufrimientos del Maestro en su propia carne, “que sufre por mi carne pecadora”. Por todas aquellas veces que hemos preferido nuestro placer a su amor.

Ahora hay silencio, la gente se va apostando en las callejuelas que, desde la Torre Antonia, llevan al Calvario. Ahí sale Jesús, le han puesto su preciosa túnica, está encorvado por el dolor, y apenas puede dar dos pasos seguidos. La figura del Señor es un poema: la cabeza coronada de espinas, el rostro ensangrentado y molido por las bofetadas; nos imaginamos que su espalda y su pecho estarán surcados por los flagelos. Además, ahora le cargan con la Cruz.

Pasa a nuestro lado, nos mira con cariño pero no puede hablar, solamente esboza una sonrisa para agradecernos que estemos con Él acompañándole en este momento de tan gran suplicio. Llueven sobre Él toda clase de insultos e improperios, tú y yo por miedo no alzamos la voz y, en bajo, musitando unas

palabras, que Él entiende, le decimos:

-¡Perdónanos, apóyate en nosotros, te seguiremos hasta el final, queremos serte fieles!

Seguimos caminando en silencio. Vemos un poco más adelante la figura de la Santísima Virgen, acompañada por el apóstol Juan. Al llegar a su altura, una mujer de las que servían al Señor en sus caminatas por Judea y Galilea, se abre paso entre la gente portando un lienzo tan blanco, como limpia es su mirada. Se llama Verónica.

Ante nuestro asombro, Verónica se arrodilla delante de Jesús, lo que hace que se detenga la comitiva. Los soldados, asombrados por el valor de la mujer, se miran unos a otros: no saben qué hacer, pues nunca les ha pasado nada parecido cuando llevaban a alguien al patíbulo. Pero a Verónica todo esto le da igual, a ella sólo le importa Jesús. Extiende su lienzo sobre la faz del Maestro y la limpia del sudor y de la sangre que afean su rostro. Se dicen algo, que nosotros no llegamos a oír; Jesús está agradeciendo el favor que le hace esta valerosa mujer y como recompensa deja impresa su Santa Faz en el velo, el cual será una reliquia que persistirá por siempre.

Verónica vuelve hasta nosotros, cabizbaja y llorando, ha visto de cerca los efectos de la Pasión de Jesús. Lleva cuidadosamente el lienzo, doblado sobre su pecho.

-Te hemos visto hablar con Jesús, ¿qué te ha dicho?

-Me ha dado las gracias por mi valentía, y me ha suplicado que cuide de la Virgen, y le acompañe en este camino de dolor. Que yo puedo hacerlo porque tengo el alma y el cuerpo limpios de pecado; al final me ha

insistido en que conserve mi vida pura. En otra ocasión habló de esta virtud tan grata a los ojos de Dios, y nos dijo que sería una señal de los verdaderos seguidores suyos.

-¿Nos podrías contar algunas ideas de esa conversación?

-No me acuerdo de las palabras exactas, pero más o menos las ideas principales fueron las siguientes. Íbamos caminando junto al lago de Tiberiades, era una tarde de verano, el sol se reflejaba en sus aguas. En la orilla se podían ver pececillos que nadaban tranquilos, más allá estaba el puerto con las pequeñas embarcaciones de los pescadores; unas mujeres lavaban las redes de la pesca, y en este lugar el agua estaba más turbia, por lo que no se veía el fondo del lago. Jesús, apoyándose en este suceso, nos empezó a hablar de la virtud de la castidad. Nos dijo que los hombres, para ver el rostro de Dios deben vivir una vida lejos de las pasiones de la carne, igual que las aguas claras dejan ver lo que hay en ellas. El alma limpia tiene más facilidad para descubrir a Dios. Por el contrario, la persona que se distrae con la impureza, tiene los ojos velados para mirar a Jesús, como esas aguas contaminadas que no dejan apreciar la vida que allí se desarrolla. Además, si no se limpia termina por pudrirse y oler mal.

La Santa Pureza posibilita que el corazón lata al unísono con el corazón de Jesús, se llegan a tener los mismos sentimientos que Él tiene: unas ganas locas de ayudar a los demás a que sean felices, a que encuentren el verdadero amor, que sacia todas las inquietudes del corazón del hombre. Esta virtud da fuerzas para hacer cosas grandes por el Señor, se vencen todos los respetos humanos y se puede dar la cara por Jesús, sin miedo a lo que digan los demás. Lógicamente cuesta vivirla, pero si ponemos los medios -huir de las ocasiones-, y se la pedimos con humildad, nos podremos llamar vencedores. Portaremos en nuestro rostro

la alegría de nuestra vida limpia, y la sonrisa de los enamorados de Dios.

Nos quedamos pensativos ante estas palabras salidas de la boca de la Verónica, mientras ella corre para sostener a la Virgen María; se abrazan y siguen con paso rápido hacia la cumbre del Calvario. Tú y yo decidimos seguir las: con esas dos mujeres se puede ir al fin del mundo. Se nota que su corazón es grande y está puesto todo entero al servicio de Dios.

Como propósito para el día de hoy, le pediremos a Jesús que nos conserve en una vida limpia y se lo suplicamos a través de su Madre rezando muy bien las tres avemarías de la noche; además le prometemos que, cada vez que pasemos por un lugar donde se le ofenda en esta virtud, rezaremos un Bendita sea tu pureza para pedirle perdón por los pecados de los hombres.

Puntos de meditación

-Hace falta una cruzada de virilidad y de pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia.

Y esa cruzada es obra vuestra. (Camino 121)

-Nunca hables , ni para lamentarte, de cosas o sucesos impuros. -Mira que es materia más pegajosa que la pez. -Cambia de conversación, y, si no es posible, síguela, hablando de la necesidad y hermosura de la santa pureza, virtud de hombres que saben lo que vale su alma. (Camino 131)

-Por defender su pureza San Francisco de Asís se revolcó en la nieve, San Benito se arrojó a un zarzal, San Bernardo se zambulló en un estanque helado... - Tú, ¿qué has hecho? (Camino 143)

-Sí, pide perdón contrito, y haz abundante penitencia por los sucesos impuros de tu vida pasada, pero no quieras recordarlos. (Surco 839)

-Cuando éramos pequeños, nos pegábamos a nuestra madre, al pasar por caminos oscuros o por donde había perros.

Ahora, al sentir las tentaciones de la carne, debemos juntarnos estrechamente a Nuestra Madre del Cielo, por medio de su presencia bien cercana y por medio de las jaculatorias.

Ella nos defenderá y nos llevará a la luz. (Surco 847).

17. JUAN EVANGELISTA: FORTALEZA

La vida del apóstol predilecto de Jesús es para nosotros un ejemplo en muchas virtudes. El Señor le apodó como “hijo del trueno” por su ímpetu y audacia. Con el paso del tiempo el carácter de Juan fue tamizándose, pero sin perder nunca la fortaleza que necesita un apóstol de Jesús. El mismo Juan, cuando inspirado por Dios escribe su Evangelio, nos muestra como tiene que ser el comportamiento de un cristiano ante el sufrimiento: vamos a contemplarlo. (Ion 19, 29-30)

Desde que apresaron a Jesús en el huerto de Getsemaní, hemos comprobado como todos sus discípulos han huido, escondiéndose en diversos lugares por miedo a los judíos. El único que ha acompañado al Maestro de cerca ha sido Juan. Le hemos visto acudir rápidamente a casa del Sumo Sacerdote donde tenían retenido a Jesús, allí ha dado la cara por su mejor amigo, ha procurado conseguir que dejaran libre a Jesús. Sin embargo, el odio de todo el Sanedrín ha hecho inútil su intento. Juan ha escuchado en silencio la sentencia: “Es reo de muerte”.

Enseguida ha corrido hasta donde se encontraba María, la Madre de Jesús; le ha comunicado lo que han decidido los fariseos. Los dos han llorado por la suerte del Maestro, y deciden salir al encuentro de Jesús. La fortaleza de Juan sostiene a María y la fe de la Virgen da fuerza al Apóstol para seguir adelante. Se les ha visto caminar con paso decidido hacia la Torre Antonia donde Poncio Pilato, el Procurador romano, enjuiciará a Jesús.

La plaza está abarrotada de gente expectante. La noticia ha corrido por toda la ciudad como el reguero de pólvora después de encender la mecha. Cuando Jesús es presentado al pueblo y se oyen los gritos blasfemos de los

presentes, María y Juan se miran incrédulos e indefensos. No pueden hacer nada por el Señor, únicamente acompañarle en el peor momento de su vida y ofrecerle su fidelidad y fortaleza.

Cuando la comitiva se prepara para llevar a Jesús hasta el Calvario, Juan coge del brazo a María y juntos se dirigen hacia donde se encuentra Cristo. Tú y yo también les acompañamos. En un recodo del camino, en el cruce de dos callejuelas de la ciudad, muy cerca de las murallas, se produce la inevitable escena que sobrecoge el corazón: María cara a cara con Jesús. No hay palabras, los dos se miran con intensidad, cada uno sabe lo que pasa por la mente del otro. El silencio queda roto por los soldados que empujan a Jesús. Su Madre no puede detener un suspiro de dolor, casi se desploma.

A lo largo del trecho que nos separa del Calvario, llueven sobre nosotros todo tipo de insultos y palabras malsonantes. La gente se ha dado cuenta de que María, Juan, algunas mujeres y tú y yo somos de los fervientes seguidores de Jesús. ¡Cuánto sufrimos por la Virgen! A veces nos dan ganas de apartarnos del camino y dejar que pase todo, olvidándonos por un momento de nuestra condición de discípulos del Cristo. Juan se dirige a nosotros:

-¡Ánimo, muchachos! ¡Sed fuertes! Los momentos difíciles son los adecuados para demostrar a Jesús que estamos con Él. Ya nos lo había dicho: debemos beber el cáliz que el sorbe. La entrada en el Reino de los Cielos está reservada a aquellos que se hacen violencia, a quienes luchan con fortaleza en las circunstancias adversas.

-¿Juan, cómo puedes aguantar con tanta entereza?, le preguntamos con asombro.

-La fortaleza la pone en nuestras vidas el Señor cuando estamos enamorados. Cuando el ideal que nos hemos propuesto lo perseguimos en

cualquier circunstancia, cuando es fácil y cuando hay adversidades; entonces demostramos que realmente, y no sólo de boquilla, queremos a Jesús. Veréis a lo largo de la historia a hombres y mujeres que darán su vida por Jesús, y muchas veces derramarán su sangre hasta la muerte por ser fieles a ese ideal, y os aseguro que vale la pena...

Estas palabras de Juan nos ayudan a seguir caminando hacia la colina que domina Jerusalén, donde los reos encontrarán la muerte. Jesús ha sido llevado a rastras por los soldados porque no podía más. En silencio contemplamos como clavan las manos y los pies de Cristo al madero. El Señor está sufriendo lo increíble, pero le consuela ver a su alrededor a la gente que Él ama.

¡Cuántas cosas podríamos decirle en estos momentos para aliviarle en su agonía! Nos gustaría que siempre encontrase en nosotros la fortaleza de los santos y de los mártires. A nuestra cabeza llegan tantos recuerdos tristes causados por nuestra falta de reciedumbre: las veces que le hemos dicho que no por nuestra debilidad; las omisiones por nuestro miedo a quedar mal; los retrasos causados por nuestra pereza; la escasez de audacia en el cumplimiento de nuestro deber. Se te escapa de los labios un “perdón, Señor, no lo volveré a repetir”.

A veces no podemos aguantar la mirada sobre Jesús, está sufriendo tanto. Miramos al suelo, recorremos con la vista los alrededores del Calvario: allí están los soldados jugando con los dados, echándose a suertes la vestimenta de Jesús; también se encuentran los fariseos saciados de victoria, el pueblo impasible ante la muerte de un justo y ..., María acompañada de Juan y las santas mujeres. Ellos no quitan la mirada de Jesús, son fuertes, saben que el Señor necesita verles la cara para aliviar el dolor, leerles los labios para escuchar el susurro de sus palabras.

Juan se acerca a nosotros, nos vuelve a animar para que soportemos el

dolor con entereza:

-Es preciso que seáis fuertes. El Señor contará con vosotros para hacer cosas serias en la vida, pero os necesita hombres o mujeres de una pieza. Personas que no se quejen ante el cansancio, que estén siempre dispuestas a ayudar al necesitado aunque no se aguanten de pie por el agotamiento, que sepan sufrir y amar con una sonrisa.

Vuelve Juan junto a María. Le necesita. A ti y a mí también. Les prometemos fidelidad.

El propósito del día de hoy ha salido de los labios de Juan: hacer en cada momento lo que debemos hacer aunque no nos apetezca o nos resulte pesado. Es necesario que virilices tu voluntad con esfuerzo. No te quejes cuando te levanten por la mañana o te manden un encargo o te pidan un favor a deshora.

Puntos de meditación

-Voluntad. Es una característica muy importante. No desprecies las cosas pequeñas, porque en el continuo ejercicio de negar y negarte en esas cosas -que nunca son futilidades, ni naderías- fortalecerás, virilizarás, con la gracia de Dios, tu voluntad, para ser muy señor de ti mismo, en primer lugar. Y, después, guía, jefe, ¡caudillo!..., que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo y con tu palabra y con tu ciencia y con tu imperio. (Camino 19)

-La pureza limpiísima de toda la vida de Juan le hace fuerte ante la Cruz. -
Los demás apóstoles huyen del Golgota: él, con la Madre de Cristo, se queda.

No olvides que la pureza enrecia, viriliza el carácter. (Camino 144)

-Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano -no hay dolor como su dolor-, llena de fortaleza.

Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz. (Camino 508)

-”Todo lo puedo en Aquél que me conforta”. Con Él no hay posibilidad de fracaso, y con esta persuasión nace el santo “complejo de superioridad” para afrontar las tareas con espíritu de vencedores, porque nos concede Dios su fortaleza. (Forja 337)

-¿Tú quieres ser fuerte? -Primero, date cuenta de que eres muy débil; y, luego, confía en Cristo, que es Padre y Hermano y Maestro, y que nos hace fuertes, entregándonos los medios para vencer: los sacramentos. ¡Vívelos! (Forja 643)

18. LA SANTÍSIMA VIRGEN: NUESTRA MADRE

Muchas escenas nos servirían para contemplar la vida de María y de todas ellas podríamos sacar una enseñanza para nuestro caminar como cristianos. Sin embargo fue al pie de la cruz donde Cristo nos la dio como madre, de aquí arranca la maternal protección de la Virgen sobre nosotros. Es lógico que este episodio nos sirva para darnos cuenta de a quién debemos acudir en nuestras luchas, victorias y derrotas. (Cfr. Ion 19, 25-27)

Hemos llegado al pie de la Cruz en compañía de María, Juan y las mujeres que han acompañado al Señor durante toda su predicación apostólica: María de Cleofás y María Magdalena. Jesús está clavado en el madero, se retuerce por el dolor. Los clavos le desgarran las manos y los pies. Se asfixia por el peso de su propio cuerpo. Se desangra por las heridas causadas en la flagelación, la coronación de espinas y las caídas con la cruz a la espalda. Tiene los ojos hinchados por las bofetadas de los soldados en el palacio de Pilatos.

A sus pies están los verdugos que ríen y juegan a los dados, sorteándose sus vestiduras. Cerca de la Cruz se encuentran los sacerdotes que le insultan y se mofan de Él:

-Salvó a otros y no puede salvarse a sí mismo. Es el Rey de Israel, que baje ahora de la Cruz y creeremos en Él. Tiene puesta su confianza en Dios, que le salve ahora, si es que lo ama, pues dijo: “Soy Hijo de Dios”.

El cielo se ha ido obscureciendo poco a poco, densas tinieblas cubren la cima del Gólgota. Un fuerte viento se ha levantado y ha empezado a llover. La muchedumbre que ha llegado hasta aquí se va marchando con cara de preocupación y de sorpresa al presenciar un hecho tan especial, como si la

naturaleza se vistiese de luto y llorase ante la muerte de Jesús. Conforme pasa el tiempo, el silencio se hace mayor. Únicamente se escuchan las quejas de los malhechores que están ajusticiados junto a Jesús.

Nosotros permanecemos de pie a pocos metros de la Cruz, detrás de María. La Virgen llora desconsolada la muerte de su Hijo. ¿Quién podrá aligerar su pena? Está ofreciendo su dolor por la humanidad entera. Querría morir con su Hijo para devolver al mundo la paz y la alegría. No quita los ojos de Jesús. Como madre le gustaría subir a la Cruz, sanar las heridas de su cuerpo, refrescar su frente ardiendo de fiebre y darle de beber agua fresca con la que calmar su sed. Pero no le dejan. Su cruz es mirar indefensa la muerte de Cristo.

Tú y yo no nos atrevemos a decirle nada, la acompañamos en su sufrimiento. Nos gustaría aliviarle su dolor. De vez en cuando, vuelve su rostro hacia nosotros y nos agradece que estemos allí con ella. Sabemos que esto es lo único que le podemos ofrecer. Muchas veces la simple compañía es suficiente para soportar el sufrimiento y la pena. Viviendo estos minutos junto al Señor y su Madre hacemos propósitos de no alejarnos de ellos nunca en nuestra vida.

Cuando es inminente la muerte de Jesús, pues le vemos cada vez con menos fuerzas y, agotado, no puede ni levantar la cabeza, María nos hace un gesto para que nos acerquemos a ella. Quiere tenernos más cerca en este último momento. La Virgen avanza con paso lento hacia la Cruz, nos situamos a pocos metros de Cristo. Jesús hace un último esfuerzo, levanta la cabeza, mira a María y a Juan, el discípulo a quien ama, y dice a su madre:

-Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Luego, dirigiéndose a Juan, le dice:

-Ahí tienes a tu madre.

La Virgen asiente con la cabeza el último querer de su Hijo amadísimo y entiende que debe asumirlo como madre de toda la humanidad. Es la nueva voluntad de Dios para María. Igual que en el momento de la Encarnación, la Virgen acepta de buena gana y con generosidad su nueva misión en el mundo. Ella sabe lo que supone esta decisión; sabe que los hombres son amados por Dios, que todos entran en el Corazón de Jesús, que a todos ha devuelto la posibilidad de hacerse hijos de Dios. Pero también conoce que los hombres, tú y yo, somos ingratos con el Señor, que le seguiremos ofendiendo y rechazaremos su amor; y esto para ella será motivo de sufrimiento y de pena. Acepta la muerte de Jesús para ser madre de todos los hombres.

Después de este nuevo acto de generosidad de Cristo: nos ha entregado lo último que le quedaba, aquello que era realmente suyo, su Madre; Jesús no puede más y, después de sorber un poco de vinagre, que los soldados le han acercado a la boca, dice:

-Todo está consumado.

Inclinando la cabeza, se despide de nosotros y muere. La Santísima Virgen se desploma a sus pies, ha aguantado hasta el final, ahora ya no puede más: está a punto de desfallecer, con el rostro pálido y el pulso débil. Nos acercamos a ella y le ofrecemos agua para beber. Sorbe con dificultad del cuenco que le hemos facilitado. Poco a poco va recuperando su color habitual, se sienta sobre unas piedras que sobresalen en la cima del Calvario. Es nuestra obligación de hijos cuidar y aliviar la pena de nuestra madre. Ella necesita ahora de sus hijos, como nosotros necesitaremos de ella a lo largo de toda nuestra vida; por eso

procuramos esmerarnos en nuestra tarea.

Mientras José de Arimatea ha ido a pedir permiso a Pilato para quitar a Jesús de la Cruz, y las santas mujeres han marchado con Nicodemo a comprar aromas para embalsamar el Cuerpo de Cristo, nosotros junto a Juan nos quedamos haciendo compañía a María. Cuesta romper el silencio, las palabras no nos vienen a la boca; es ella quien comienza la conversación:

-Hoy se han cumplido en plenitud las palabras proféticas que me dirigió Simeón cuando fue presentado Jesús en el templo, al poco de nacer. Mi corazón está traspasado de dolor por la muerte de Jesús, era mi gran amor en el mundo; ahora ya no le podré abrazar, ni besar. Sin embargo, me ha dejado como encargo que me ocupe de vosotros como madre. Si antes os quería con todo mi corazón al ser sus amigos íntimos, no os podéis ni imaginar lo que os quiero ahora: soy vuestra madre y vosotros sois mis hijos. Vamos a darle gracias al Señor por haberme ensanchado el corazón para que quepáis todos. Aunque también sé que los hombres me harán sufrir cuando se alejan de Dios, pero en ese momento mi amor de madre hará que los quiera como hijos enfermos y necesitados. Acompañadme en esta nueva misión con vuestro cariño y afecto. ¡Os necesito!

Estas palabras de María nos hacen saltar las lágrimas. Me gustaría que las oyeran todos los hombres de todos los tiempos. Hemos perdido momentáneamente a Jesús, pero hemos ganado a una Madre. Nos abrazamos a ella y en silencio nos da un par de besos a cada uno. Sólo podemos musitarle al oído: **“Gracias, mamá”**.

Ojalá no perdamos de vista nunca que tenemos una Madre en el cielo que nos quiere con locura. Está continuamente pendiente de nosotros: intercede ante el Señor por sus hijos, hablando siempre bien de cada uno. Se preocupa de nuestra salud espiritual haciéndonos amable el camino de la santidad. Como buenos hijos debemos tener presencia de nuestra madre muchas veces al día: ofrecerle nuestros actos por la mañana, piropéarla con frases sencillas, recordarle los momentos más importantes de su vida durante el rezo del Santo Rosario y acudir a ella en nuestras necesidades y tentaciones.

Puntos de meditación

-Ha esperado Jesús este encuentro con su Madre. ¡Cuántos recuerdos de infancia!: Belén, el lejano Egipto, la aldea de Nazaret. Ahora, también la quiere junto a sí, en el Calvario.

¡La necesitamos!... En la oscuridad de la noche, cuando un niño pequeño tiene miedo, grita: ¡mamá!

Así tengo yo que clamar muchas veces con el corazón: ¡Madre!, ¡mamá!, no me dejes. (Vía Crucis, estación IV, 3)

-Di: Madre mía -tuya, porque eres suyo por muchos títulos-, que tu amor me ate a la Cruz de tu Hijo: que no me falta la Fe, ni la valentía, ni la audacia, para cumplir la voluntad de nuestro Jesús. (Camino 497)

-Soledad de María. ¡Sola! -Llora, en desamparo.

Tú y yo debemos acompañar a la Señora, y llorar también: porque a Jesús le cosieron al madero, con clavos, nuestras miserias. (Camino 506)

-Cuando éramos pequeños, nos pegábamos a nuestra madre, al pasar por

caminos oscuros o por donde había perros.

Ahora, al sentir las tentaciones de la carne, debemos juntarnos estrechamente a Nuestra Madre del Cielo, por medio de su presencia bien cercana y por medio de las jaculatorias.

Ella nos defenderá y nos llevará a la luz. (Surco 847)

-Si yo fuera un leproso, mi madre me abrazaría. Sin miedo ni reparo alguno, me besaría las llagas.

Pues, ¿y la Virgen Santísima? Al sentir que tenemos lepra, que estamos llagados, hemos de gritar: ¡Madre! Y la protección de nuestra Madre es como un beso en las heridas, que nos alcanza la curación. (Forja 190)

19. CLEOFÁS: EUCARISTÍA

Han pasado los días tristes de la pasión, nuestro amigo Jesús ha entregado su vida por nosotros, somos de sus discípulos, estamos tristes y nos consolamos mutuamente. Acompañamos hoy a Cleofás, uno de los íntimos de Jesús, que se marcha cabizbajo a su pueblo, Emaús (Cfr. Lc 24,13-35).

Ha pasado la pascua de los judíos, nos encontramos en el primer día de la semana, la tristeza se ha apoderado de nuestras almas, pues hemos visto a Jesús, aquel que esperábamos que redimiera a Israel, colgado en el madero de la cruz, sin vida. Vamos hablando y discutiendo por el camino que baja de Jerusalén a Emaús, donde vivíamos, antes de seguir al Maestro, Cleofás y nosotros. Conversamos entre nosotros sobre los sucesos dolorosos de estos días.

-Cleofás ¿cómo ha podido suceder todo esto, cuando el sábado pasado entraba Jesús triunfal en Jerusalén? Se han precipitado los acontecimientos de una forma rapidísima.

-No me hables. ¿Quién iba a pensar que de entre los nuestros habría un traidor, que entregara a Cristo a los escribas y fariseos? La verdad es que yo no le veía con buenos ojos; ya se había enfrentado alguna vez a Jesús cuando éste le recriminaba una mala acción.

-Estoy un tanto desconcertado. El Maestro había predicho todo lo que ha sucedido, al principio no me lo creía, pero ahora es evidente. Y quién se va a creer lo que dice María Magdalena, después de ir a embalsamar el Cuerpo de Jesús, y encontrar el sepulcro vacío; ¡se ha vuelto loca!, dice que ha visto una aparición de ángeles, los cuales dicen que Él

vive. Pedro y Juan fueron a comprobar todo, y lo encontraron como dijo María, pero a Jesús no lo han visto.

-¡Qué le vamos a hacer! Nuestras ilusiones se acabaron. ¡Con lo bueno que era Jesús, y el bien que nos hacía, fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de los hombres! Ahora olvidemos todo, y volvamos a nuestra vida anterior en Emaús.

Ya habíamos recorrido algunos kilómetros cuando un forastero se nos agrega en nuestro caminar cansino y aburrido.

-¿Qué conversación lleváis entre vosotros mientras camináis?, nos pregunta.

Cleofás toma la palabra:

-¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado en ella estos días?

-¿Qué ha sucedido?, nos pregunta con interés.

Cleofás retoma la conversación que traíamos, y vuelve a explicar todo lo que ha sucedido en los últimos días en Jerusalén. Nuestro acompañante le escucha paciente y, de vez en cuando, esboza una sonrisa, que a nosotros nos parece insultante, pues Jesús ha sido nuestra vida. Cuando Cleofás ha terminado de hablar, el forastero comienza a decirnos en un tono fuerte que nos sorprende:

-¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciera estas cosas y entrara así

en su gloria?

Le miramos sorprendidos cuando nos habla. Nos está explicando el sentido de las escrituras santas, desde Moisés hasta el último de los profetas. Lo hace con brillantez, y nos vamos dando cuenta de que este personaje tiene algo de especial: ¡Con qué paciencia nos responde a las preguntas que le hacemos sobre la misión del Cristo! Es sorprendente que siendo extranjero hable tan claramente.

La conversación se ha alargado; tanto es así que ya hemos llegado a Emaús. El día está llegando a su fin, pues el sol se ha ocultado detrás de las colinas. Nuestro nuevo amigo hace además de seguir su camino, pero nosotros necesitamos de su compañía en estos momentos de oscuridad.

-¡Quédate con nosotros, porque es tarde y ya ha declinado el día!, le sugerimos.

Entramos en la casa de Cleofás, donde su mujer nos ha preparado la cena. Estamos los tres solos con Jesús. Durante la cena, toma pan, lo bendice, lo parte y nos lo da. Después de recibir el pan que, se ha transformado en Su Cuerpo después de haberlo bendecido, los ojos se nos abren a la fe, y descubrimos el rostro amable de Jesús. Nos sonrío y se despide alzando la mano. En un instante desaparece de nuestra vista.

Estamos radiantes; el Señor nos ha devuelto el optimismo. ¡Jesús ha resucitado verdaderamente! Nos decimos el uno al otro:

-¿No es verdad que nuestro corazón ardía dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino? ¿Te das cuenta de lo bueno que es

Jesús? Ante una pequeña sugerencia nuestra, El está dispuesto a quedarse con nosotros para siempre. !Qué grande es el sacramento de la Eucaristía; Jesús está realmente presente bajo las especies del pan con su Cuerpo, su Alma y su Divinidad. En el sagrario me espera. Desde allí me bendices y me amas. ¡Sí los cristianos nos diésemos más cuenta del tesoro infinito que tenemos! Es para nosotros el alimento que repone nuestras fuerzas cansadas en la lucha diaria; cuando comulgo salgo con más ganas de comerme el mundo, de ser coherente con mi fe, de sentirme dichoso de ser hijo de Dios. Además en la Eucaristía, Jesús me cura las heridas de mis derrotas, siempre que lo reciba con las debidas disposiciones: ¡Jesús, que nunca te reciba sin estar en gracia de Dios! ¡Perdona a todos los hombres que por vergüenza acudan a tan excelente Sacramento con el alma manchada por el pecado grave!

Considera si tus comuniones son piadosas o han caído en la rutina. Haz propósitos de acercarte a la Eucaristía con más frecuencia y mejor preparado. No tengas prisa en abandonar la Iglesia cuando hayas recibido a Jesús, acompáñale en la soledad de tu alma unos minutos: eres un sagrario viviente. ¡Qué tú y yo nunca le dejemos sólo! Sé generoso para acompañarle con asiduidad.

Puntos de meditación

-¡Sé alma de Eucaristía! Si el centro de tus pensamientos y esperanzas está en el Sagrario, hijo, ¡qué abundantes los frutos de santidad y apostolado! (Forja, 835)

-Acude perseverantemente ante el Sagrario, de modo físico o con el

corazón, para sentirte seguro, para sentirte sereno: pero también para sentirte amado ..., ¡y para amar! (Forja, 837)

-Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... -Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz.

Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! (“Nuestra “ Misa, Jesús...”) (Camino, 533)

-Si, para liberarte, hubieran encarcelado a un íntimo amigo tuyo, ¿no procurarías ir a visitarle, a charlar un rato con él, a llevarle obsequios, calor de amistad, consuelo?... Y, ¿si esa charla con el encarcelado, fuese para salvarte a ti de un mal y procurarte un bien..., la abandonarías? Y, ¿si, en vez de un amigo, se tratase de tu mismo padre o de tu hermano?

¡Entonces! (Surco, 685)

-Que no falte a diario un “Jesús, te amo” y una comunión espiritual -al menos-, como desagravio por todas las profanaciones y sacrilegios, que sufre El por estar con nosotros. (Surco, 689)

20. SANTO TOMÁS: CONFIANZA EN JESÚS

Después de la Pasión y Muerte de Jesús todos hemos sentido como la tristeza se metía en nuestro cuerpo. Los Apóstoles han huido, y nosotros con ellos. Poco a poco, con el transcurso de las horas nos hemos ido reuniendo junto a Santa María..., falta uno: Tomás. La escena de hoy nos propone seguir los pasos de este discípulo hasta su encuentro con Jesús. (Jn 20, 20-29)

Todos los Apóstoles se encuentran reunidos en casa de Marcos, lugar donde Jesús celebró la cena de la Pascua antes de la Pasión, bajo la mirada atenta y cariñosa de la Virgen. Ella tiene la seguridad de la victoria de Cristo sobre la muerte; esa fe le lleva a alentarnos en nuestra desesperanza. Poco a poco vamos contagiándonos de la paz de Nuestra Madre. Miramos a los discípulos: sus caras transmiten el miedo de las últimas horas, tienen ojeras debido a las pocas horas de sueño, sus ojos están enrojecidos por el llanto.

Durante el día han ido llegando noticias contradictorias. María Magdalena afirma que ha visto al Señor resucitado. Pedro y Juan han acudido a la sepultura y no han encontrado el cuerpo de Jesús, el Príncipe de los Apóstoles ha vuelto con cara de tristeza por su cobardía en los momentos difíciles, mientras que el apóstol amado transmite alegría por su fidelidad. Hace pocos minutos han llegado gozosos otros dos discípulos que volvían a su pueblo, Emaús, y nos cuentan como han descubierto al Señor al partir el pan. Echamos en falta entre nosotros a Tomás, aquel que en una ocasión había dicho: “Vayamos con Jesús y muramos con Él”.

Cuando ya ha anochecido y nos hemos puesto a cenar, aunque la comida entra mal debido al nerviosismo del momento, se ilumina la habitación donde nos encontramos, y aparece Jesús. Su rostro está sereno y alegre, todo su cuerpo resplandece, nos transmite tranquilidad y sosiego. Nos muestra las señales de su

Muerte para que nos cerciorem de que es Él ¡Jesús está de nuevo junto a nosotros!:

- La paz sea con vosotros. Como me envió el Padre, así os envío yo.

Jesús sopla sobre nosotros y continúa diciendo:

- Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, a quienes se los retengáis, les son retenidos.

Al decir estas últimas palabras Jesús con un gesto familiar se despide de nosotros, prometiéndonos que volverá a vernos el próximo domingo. ¡Qué breve se nos ha hecho esta aparición de Jesús Resucitado! Pero han bastado estos instantes para que nuestras vidas cambien definitivamente. El Señor con las palabras que nos ha dirigido ha manifestado su perdón por nuestros pecados pasados, ahora confiaremos siempre en Jesús, estamos contentos y dispuestos a todo por Él. Pedro se levanta y, dirigiéndose a ti y a mí, nos dice:

-¿Podrías buscar a Tomás y transmitirle lo que hemos visto y oído?

Ante la sugerencia de Pedro nos levantamos y después de darle un beso a María salimos a la calle en medio de la noche. Ya no nos da miedo dar la cara por el Señor. ¿Dónde estará Tomás? Buscamos por todas las casas conocidas de Jerusalén: no está en ninguna. Nos dicen que la han visto deambular por alguna cantina del barrio pobre de la ciudad. Allí nos dirigimos. Después de una búsqueda de horas le encontramos sentado bajo un árbol. Está dormido con la cabeza entre las manos. Le despertamos:

-¡Tomás, levántate! ¡Ven con nosotros! Hemos visto a Jesús, y Pedro nos ha mandado buscarte para contarte lo que ha sucedido esta tarde.

- Estáis tontos. Yo le vi morir. Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no creeré.

La cara de Tomás es todo un poema. Está destrozado, sus palabras denotan el mal trago que ha pasado durante estos días. Se han apoderado de él la desconfianza y la desilusión. Le contamos lo que nos ha dicho Jesús.

- Y además, nos ha perdonado a todos. No te puedes ni imaginar la alegría de Pedro al sentirse aliviado de su traición en casa de Caifás cuando negó al Maestro ante una sirvienta.

- Mis miserias son demasiado grandes como para recibir el perdón. Yo le dije al Señor en su última cena que sería capaz de dar mi vida por Él, y ante la primera prueba hui como un cobarde. No soy digno de su perdón.

- No te empecines. Confía en Jesús y ven con nosotros.

- ¡Dejadme solo! Recapacitaré sobre lo que me acabáis de contar y decidiré si vuelvo o no.

Nos alejamos del lugar donde nos hemos encontrado con Tomás y volvemos a reunirnos con los demás apóstoles. Todas las tardes de los días sucesivos nos dirigimos al mismo lugar con la esperanza de encontrar de nuevo a Tomás, pero pasan las jornadas y no aparece.

Llega el domingo. A media tarde suena la puerta de la casa. Marcos se

apresura a abrir, al cabo de unos instantes oímos crujir los peldaños de la escalera, entran en la estancia Marcos y Tomás, se nota que ha llorado mucho, los ojos enrojecidos, la cara demudada. Todos nos apresuramos a consolarle. ¡Ya estamos todos! María esboza una sonrisa: ha conseguido reunir al Colegio Apostólico.

Cuando todavía no damos crédito a la llegada de Tomás, aparece Jesús. Su aspecto es el mismo que el de la semana pasada, busca con la mirada al apóstol incrédulo. Los ojos de ambos se encuentran. Tomás ya está de rodillas, absorto ante la aparición de Jesús. Este le dice:

-Trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.

Entre sollozos Tomás exclama, con voz entrecortada y postrándose ante el Maestro:

-¡Señor mío y Dios mío!

-Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto hayan creído, concluye Jesús.

Al decir estas palabras Jesús desaparece de nuestra presencia. El Señor, como ha hecho siempre, ha venido a buscar a la oveja que estaba perdida en ese momento. Ha devuelto la esperanza a su apóstol, y nos ha dado una nueva lección a todos: debemos confiar siempre en Él.

Cuando vengan las dificultades, nos veamos llenos de miserias y hasta se vislumbre en nuestro horizonte la desesperanza, debemos poner toda nuestra confianza en Jesús. Acude a Él con la rapidez con que un niño corre hacia su madre cuando tiene miedo.

Puntos de meditación

-Te reconoces miserable. Y lo eres. -A pesar de todo -más aún: por eso- te busco Dios.

Siempre emplea instrumentos desproporcionados: para que se vea que la “obra” es suya.

A ti sólo te pide docilidad. (*Camino 475*)

-¡Es una locura confiar en Dios...!, dicen. ¿Y no es más locura confiar en sí mismo, o en los demás hombres! (*Surco 44*)

-¿Has visto? -¡Con El, has podido! ¿De qué te asombras?

Convéncete: no tienes de qué maravillarte. Confiado en Dios -¡confiado de veras!-, las cosas resultan fáciles. Y, además, se sobrepasa siempre el límite de lo imaginado. (*Surco 123*)

-Si notas que no puedes, por el motivo que sea, dile, abandonandote en Él: ¡Señor, confío en Ti, me abandono en Ti, pero ayuda mi debilidad!

Y lleno de confianza, repítele: mírame, Jesús, soy un trapo sucio; la experiencia de mi vida es tan triste, no merezco ser hijo tuyo. Díselo...; y díselo muchas veces.

No tardarás en oír su voz: “ne timeas!” -¡no temas!; o también: “surge et ambula!” -levántate y anda-. (*Forja 287*)

-Señor, solamente confiaré en Ti. Ayúdame, para que te sea fiel, porque sé que de esta fidelidad en servirte, dejando en tus manos todas mis solicitudes y

cuidados, puedo esperarlo todo. (*Forja 903*)